

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXIII

San José, Costa Rica **1937** Sábado 27 de Marzo

Num. 12

Año XVIII — No. 796

SUMARIO

Las grandes lecciones culturales de la guerra española

Poemas nuevos César Vallejo
Esta vez del elitismo Adilio Gutiérrez
Un día terrible del año 37 Pedro Juan Labarthe
Estrellas en la charca Diógenes de la Rosa
La hora de la duda José A. Romeu
Lo que hay detrás de la revolución española Enrique José Varona
Las lecturas de Nietzsche Lawrence A. Feensworth
Horacio Quiroga hizo su propia defensa ante la

posteridad

Homenaje laico Arturo Mejía Nieto
Benito Quinquela Martín Héctor F. Miti
Poesías I. F. Azofeifa
Insomnio Yolanda Oreamuno
La inmoral paradoja (2) Juan Antonio Corretjer
Seis horas con Joseph Freeman Carlos Rafael Rodríguez
Un equivoco descomunal Marco Fidel Suárez
La nueva anfictionía Franz Tamayo
George Grosz José Carlos Mariátegui

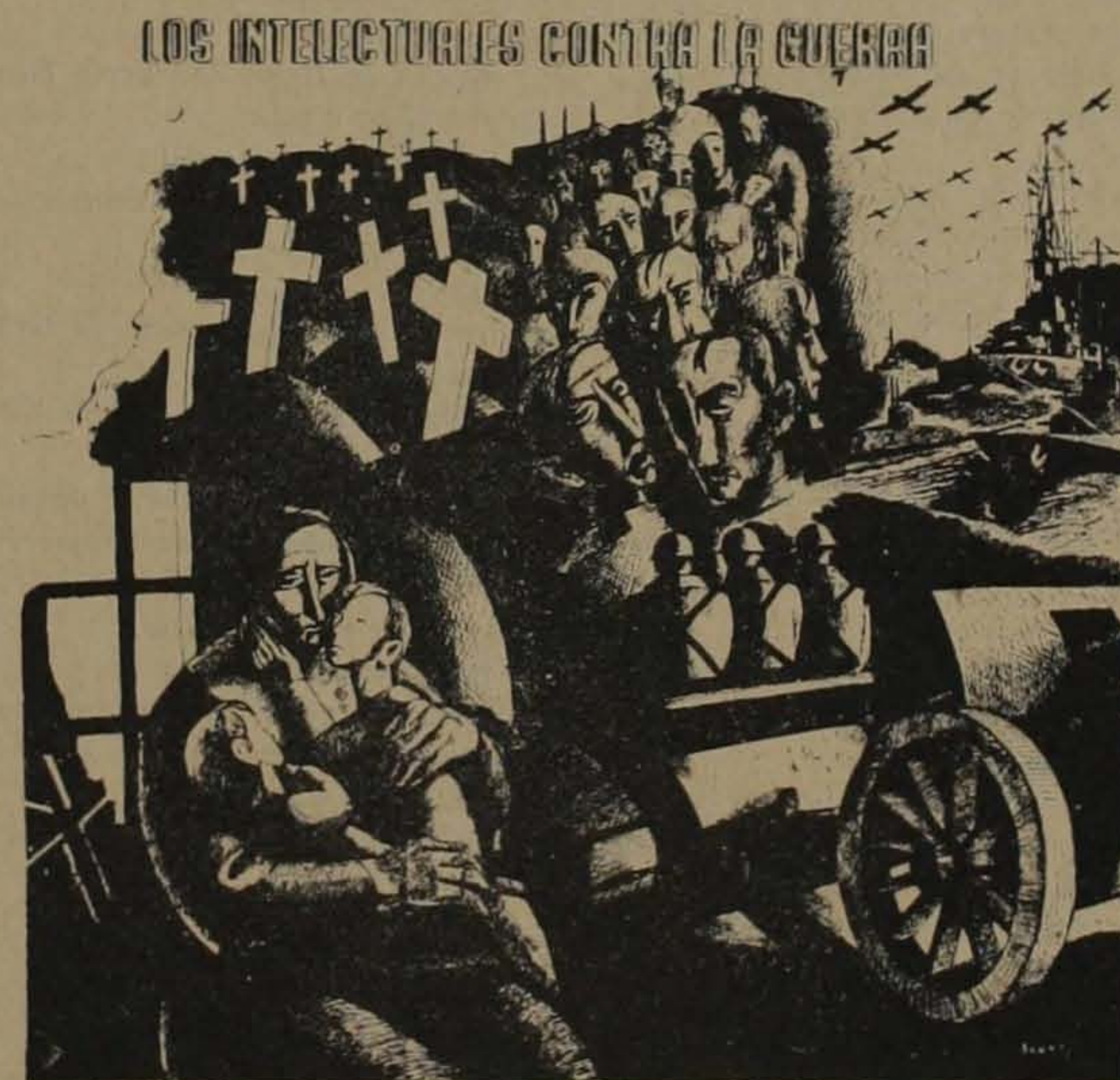
Las grandes lecciones culturales de la guerra española

Por CESAR VALLEJO

= Envío del autor, París, febrero de 1937 =

Sin duda, no es de lo que digan o hagan los intelectuales que nunca ha dependido el giro de la política, cuyos profundos basamentos sociales la ponen más bien en manos de los bancos, latifundios y carteles industriales, es decir, en las manos de los cavernícolas y beocios —enemigos naturales y jurados de la inteligencia— de todos los tiempos. Inútil es que los enciclopedistas se insurjan y blasfemen contra la sociedad medieval: la reyesía, el clero y la nobleza disponen aún de un siglo para chupar la sangre de las masas. Los apóstrofes de Hugo no pesarán en nada en el ánimo de Thiers, para aplacar o, al menos, suavizar la feroz represión de la Comuna. Por sobre la cabeza de Puchkin, de Gogol, de Dostoievsky y Tolstoy, los aparatos zaristas de tortura funcionan normalmente, sin tropiezo. El acto de profesión de fe comunista de André Gide no ha sido, desde luego, tomado en cuenta en lo menor a la hora en que Laval se confabulaba con Mussolini para facilitarle la conquista de Etiopía o a la hora en que Blum reconocía, disfrazadamente, esta conquista. Y el día en que Ortega Gasset, Benavente, Marañón, Menéndez Pidal, Machado, unidos en un solo clamor de libertad, defendían la República en España, Franco, Hitler y Mussolini ordenan el asesinato de miles de mujeres y de niños en las calles de Irún, Badajoz y de Madrid. El fenómeno es siempre idéntico.

No nos hagamos ilusiones. Escritores hay de izquierda que, cerrando los ojos a la experiencia y a la realidad, superestiman la influencia política inmediata del intelectual, atribuyendo a sus menores actos públicos una repercusión que no tienen. Hoy más que nunca, la mecánica social fundada en el triunfo de la técnica industrial, funciona completamente de espaldas



al consenso del espíritu, personificado por el artista, el escritor o el sabio. Alguien ha dicho, a este propósito, que asistimos al imperio absoluto de la barbarie sobre la cultura, citando, entre otros casos, el de la persecución de que son objeto Einstein, Mann, Reen, Ludwig, Reinhart, por parte de los dictadores de Berlín. Con la diferencia —se dirá— de que en los países democráticos no ocurre lo mismo. Lo cual es discutible, si nos atenemos a los dos ejemplos siguientes: la Academia Francesa pidió al gobierno Laval dejase manos libres a Italia para invadir Etiopía, y Laval así lo hizo: en cambio, posteriormente Romain Rolland, Langevin, Rivet, Gide, piden al Gobierno del Front Populaire no dejen manos libres a Italia y a Alemania para invadir España, y el excelente Blum las deja hacer. ¿Qué quiere decir todo

esto? Precisamente que tanto en el caso de Etiopía como en el de España, la política francesa, obrando como ha obrado, antes de seguir las inspiraciones de los intelectuales, ha seguido los dictados de las oligarquías financieras imperantes. La realidad no es otra. Sólo que lo único que varía, de Alemania a Francia, es la manera, que allá es brutal y terrorista, mientras que aquí es indirecta, respetuosa de la forma.

Mas los fueros del pensamiento tienen su revancha. Si la protesta en comicio y de viva voz, si el ademán viviente, en carne viva, de combate, se estrellan, en la realidad, contra los poderes económicos coaligados, la inflexión intemporal de la idea contenida en un discurso, en un artículo del día, en un mensaje o manifiesto, es petardo que se hunde en las entrañas profundas del pueblo, para estallar,

en cosecha segura, inconstrastable, el día menos pensado. Es pensando y construyendo sin esperar milagros inmediatos fulminantes de su obra sobre la actualidad y sí dotándola del máximo de fuerza y derecho espirituales necesarias a la interpretación social de los problemas de la hora, como Rousseau, Hugo, Puchkin, Dostoievsky, logran influir y encauzar el proceso ulterior de la historia. Y es que lo que importa, sobre todo, al intelectual es traducir las aspiraciones populares del modo más auténtico y directo, cuidándose menos del efecto inmediato (no digo demagógico) de sus actos, más de su resonancia y eficacia en la dialéctica social, ya que ésta se burla, a la postre, de toda suerte de vallas, incluso las económicas, cuando un "salto" social está maduro.

Pero hay más. Hasta puede el intelectual abstenerse de insurgirse —que no de darse cuenta de las ignominias sociales circundantes— por actos prácticos, tangibles, contra estas ignominias, si, de preferencia, crea una obra que, por su materia y el juego esencial de sus resortes humanos, lleva en su seno semillas y fermentos intrínsecamente revolucionarios. Tal Shakespeare, Goethe, Balzac, Miguel Angel y otros.

Inútil es decir que, cuando la conducta pública del intelectual contiene, a la vez que el gesto, vivido y viviente, de protesta y de combate, un grado máximo de irradiación ideológica, el caso alcanza los caracteres de un verdadero arquetipo de lo que debe ser el hombre de pensamiento.

En esto hemos pensado, oyendo, en un *meeting* de París, la palabra de los grandes escritores republicanos españoles Rafael Alberti, José Bergamín, María Teresa León y Max Aub. Ejemplos de este tipo de intelectual perfecto al

que acabamos de aludir, ellos y otros eminentes colegas, como Ramón Sender, Serrano Plaja, Cernuda, luchan de un lado, en las mismas trincheras de Madrid, y, de otro, traducen, ¡y con qué entrañable fue

go! ¡con qué lealtad histórica! ¡con qué visión social de nuestra época! todo ese palpitante, humano y universal desgarrón español en el que el mundo se inclina a mirarse, como en un espejo, sobrecogido, a un tiempo, de estupor, de pasión y

de esperanza. Y hemos pensado, oyéndolos, que, entre otros bienes que nos traerá el triunfo del pueblo español contra el fascismo, será el de demostrar a los intelectuales de los demás países que si crear,

en el silencio y recogimiento de un despacho, una obra intrínsecamente revolucionaria, es una cosa bella y trascendente, lo es aún más crearla en medio del fragor de una batalla, extrayéndola de los pliegues más hondos y calientes de la vida.

Poemas nuevos

Por ADILIO GUTIERREZ

= Colaboración. Costa Rica (Heredia) y marzo de 1937 =

En un cementerio aldeano

Si yo muriera acaso
en esta tierra verde
la música del viento
sería mi corazón.
Iríamos por los valles,
por bosques y veredas
rompiendo los cristales
de las altas campanas.
Bailaríamos alegres
con las claras mañanas
en el alma de plata
del rocío nocturno.
Y en las noches de luna,
con orgías de ensueño,
como locos seríamos
bajo el cielo estrellado.
Si yo muriera acaso
en esta tierra verde
quedaría mi alma
vagando tenuemente
por los claros potreros
que perfuman en blanco
los jales en flor;
y cantando en las noches
en la copa sedosa
de los pinos agrestes...
¡Oh, si yo me muriera
en esta tierra verde!

Tus manos

Manos de azucena
que son mis desvelos,
¡cómo me dan pena!

Manos de azucena
que son mis anhelos,
¡cómo me dan pena!

Manos de azucena
de la niña buena,
¡cómo me dan pena!

Poema de la tarde triste

Cielos de bronce
están cerrando el horizonte.
Se acabó la música,
se acabaron los perfumes,
y los fragantes colores.
La campana del frío
está ahora cantando
en las torres antiguas
de las altas lluvias.

Era

Era una vez el olvido
a la orilla del cementerio.
Había florecido la tarde.
Todos quedamos mudos...
No... Todos no...
Yo, con mi esperanza tibia

tú, con tus ojos de serenidad.
Libaban las estrellas
en el encanto del río.
¿Te acuerdas? Pensando,
amargados del cuerpo frágil,
nos tendimos lánguidamente
sobre el pretil de las primeras cla-
(ridades
de aquella hermosa luna verde.

Paisaje

La tarde pone en el llano
su olor a música seria.
Y el cielo se va poniendo
su túnica de esmeraldas.

Baila la brisa, loca,
en las praderas floridas,
entredando sus colores
en el ritmo hecho ternura.

Y la fuente ensaya, triste,
la copla de estrellas nuevas,
mientras bajan las negruras
por los caminos del monte.

Tú

1.

Tú,
en el pecho iluminado,
en el corazón en paz.
Largo el camino,
tela de horas y vientos;
larga la falda
de la tarde caprichosa;
Pero... no importa.

Tú,
en el pecho iluminado,
en el corazón en paz.

2

Para Yolanda Oreamuno,
delicada cuentista.

Tú,
ramita de aurora nueva
en mis instantes perfumados.

Tú,
flor de crepúsculos finos
en mis ansias secretas.

Tú,
corazón de primavera
en mis nuevas sensaciones.

Cartuchos

Cuatro ángeles del alba
están llamando al cielo
con notas lagrimosas
de una fuente antigua.
Canción de fuente clara,
canción de pena azul;
en las trompetas nubes
se ahonda su dolor.

Un día terrible del año 37

Por PEDRO JUAN LABARTHE

= Colaboración. Puerto Rico, 21 de marzo de 1937 =

Domingo de Ramos,
Semana Santa,
Aniversario de Sangre Sagrada,
Sangre Milagrosa,
Sangre Curadora,
Sangre Divina.
Los devotos con Ramas Benditas,
Sonrientes ramas doradas,
Del templo salían.
Eran las dos de una tarde de sol
Cuando el cielo de Puerto Rico
Está más brillante y más azul.
Tarde de marzo suave y tenue,
Fresca, invitadora.
Una parada de Hijos de Puerto Rico
Se preparaban a salir
A conmover los corazones,
A buscar hermanos que se unieran a la causa,
A la causa de la Libertad.
De repente
Quinientos ticos agujerearon la tarde,
Máquinas infernales
Ametrallaron cuerpos de indefensos niños y mujeres,
De hombres de ideas
Y como fuentes que manaran de cuerpos humanos
Se pintaron las paredes de Sangre Portorriqueña.
Ojos fuera de sus órbitas,
Llenos de terror y angustia.
Con los quinientos balazos
Se mezclaron gritos, ayes y quejidos
De indefensos niños, mujeres y hombres de ideas.
Con dedo por pluma
Un moribundo en el tintero de su corazón
Sacó tinta de Sangre, de Sangre, de Sangre Portorriqueña
Y escribió:
"Viva la República".
El dedo fué destrozado por las ametralladoras sanguíneas
Que daban resoplidos de humo y Muerte.
La Muerte bailaba, bailaba, bailaba en los pozos de sangre
De Sangre, de Sangre Portorriqueña.
Gritos de madres, padres, hermanos y novias.
Festín macabro.
La policía armada, eran hijos de Marte, del Diablo,
Saduceos de la Libertad.
Mataban, mataban, mataban.
El rótulo de un casa de Radio
Gritó alto.
Una bala hizo una nota de terror
en la O.
La Radio gritó
El pueblo estaba poblado de sirenas
Que anunciaban el baile de la muerte.
Sirenas de las tartanas de la policía,
Sirenas de los carros rojos de la policía,
Sirenas de las motocicletas de la policía.
Sirenas de las ambulancias
Que dejaban cola de sangre, de Sangre, de Sangre Portorriqueña
Por las calles de Ponce.
Gritos, hervor de gritos,
Motores, hervor de motores,
Ayes, muchos ayes,
Pitos, muchos pitos.
Pandemonium.
Pozos de sangre, mucha sangre

(Concluye en la pág. 191)

Esta vejez del "elitismo"

Por *DIOGENES DE LA ROSA*

= De Frontera, Panamá, 19 de febrero de 1937 =

Del discurso leído por el Secretario de Educación Pública en la colación de grados del Instituto Nacional habíase dicho anticipadamente que sería la declaración de la política educacional del Gobierno. El anuncio suscitó curiosidad e interés. Y naturalmente. El problema de la educación nacional es uno de los mayores que se yerguen —interrogación no absuelta— ante el presente y el futuro del país. Tenía sabor de descubrimiento el enterarse de que en las altas estancias burocráticas se había llegado a elaborar un programa para la solución de ese conspicuo problema. Porque de lo que más se resiente este país es de la total ausencia de un plan de trabajo en los cónclaves gubernativos. Saber que un gobierno de tan reciente composición se había hecho ya un presupuesto de acción en una de las direcciones en que debe agotar sus poderes, era una sorpresa en cierto modo reconfortable.

Las expectativas, sin embargo, resultaron ilusorias. El discurso del Secretario de Educación no puede aspirar legítimamente a que se le considere como un programa o una definición de política educativa. Toda política supone una acción que obra sobre la realidad dirigiéndola, por métodos adecuados, hacia un objetivo cierto. Nada semejante aparece en esta pieza. En conjunto consiste en una colección de conceptos no muy claros, carentes de consecuencia interna y de relación lógica y natural con la ocasión en que fueron emitidos. Tanto es esto así, que no puede la mente evadirse de la sospecha de que el discurso mismo no fué sino un pretexto para decir cosas que hubieran podido decirse, con pareja inoportunidad, en otra ocasión cualquiera. Las alusiones al problema educacional parecen allí simples recursos decorativos, mero material de relleno para ocultar el fondo de la trama, es decir, el designio que inspira las palabras.

El discurso no consigue ni se proponía, tal vez, dibujar el perfil de una verdadera política educacional. Sin embargo denuncia y encubre al mismo tiempo posiciones e intenciones políticas cuyas consecuencias no tardarán quizás en producirse. En síntesis, las palabras del Secretario de Educación son una proclama reaccionaria. Las anima y sacude, bajo una aparente y reticente aceptación de la "democracia", una adhesión incandescente y frenética a postulados oligárquicos, cesaristas y tiránicos. Hay en su fondo una defensa del predominio de las "minorías selectas" y una requisitoria, no por solapada menos vehementemente, contra las masas "moral e intelectualmente incapacitadas" para las funciones democráticas. Veamos. Según el discursante, "buena parte de los males de nuestras incipientes democracias criollas tienen su origen en el hecho fatal (?) de que ellas actúan y se desenvuelven a base de una gran masa ciudadana incapacitada moral e intelectual (sic), sin preparación para darse cuenta de su responsabilidad y sin sentido ético para administrarla debidamente". Mientras esas masas sigan carentes de "aptitud política" el derecho del sufragio "es un contrasentido que se resuelve indefectiblemente en el mundo de las realidades en la única forma lógica posible: la dictadura de las minorías selectas". "Nada dice, nada significa —continúa— que

se cumpla periódicamente el formalismo constitucional del sufragio. Podría prescindirse de él y las cosas no habrían cambiado sustancialmente porque "las minorías de selección que son las que en definitiva escogen y deciden, las que preparan e integran el organismo electoral y dominan su técnica, nada pierden con admitirlo y nada arriesgan con llenar una apariencia que agrada a las masas iletradas con la ilusión de que se las toma en cuenta".

Son de acre sabor autocrático esas frases que justifican y preconizan la instauración y continuación de la dominación de las pretensas "minorías" selectas. Digamos, ante todo, que hay en ellas evidentes falsedades de hecho y razonamiento. Adjudicarle a las "masas iletradas" buena parte —que es como decir la mayor— en las causas de los males de "nuestras incipientes democracias criollas" es tomar la cuestión a medio camino. Una investigación seria, asistida por un sentido de responsabilidad intelectual, comenzaría mucho más lejos. Precisaríamos establecer, ante todo, si nuestras "democracias" lo han sido de veras. Y si, como es inevitable, se descubre una realidad negativa hay que alcanzar hasta su nacimiento. Se encontrará así que en el origen de ese no haber sido aparece ya el predominio irrestricto de las minorías oligárquicas, despóticas, que dispusieron siempre de poder para impedir la realización de los supuestos económicos y políticos que implica el funcionamiento del régimen "democrático". Las "masas iletradas" no intervinieron, no actuaron jamás de un modo real la administración de sus propios destinos que fué siempre tarea y provecho de las minorías que el señor Secretario dice "selectas". Si "nuestras incipientes democracias criollas" nunca lo fueron ciertamente porque no han sido sino feudo de minorías de aprovechados, resulta un contrasentido evidente recriminar a las masas por lo que ellas no han hecho. Y es, por lo menos, sofisma puro justificar el predominio de las tales "minorías de selección" aludiendo a la realidad de "males" que ellas mismas engendraron y a la incapacidad de masas que ellas mismas se esmeraron en man-

tener moral, intelectual y políticamente impotentes.

Pero el sofisma no le pertenece al señor Secretario. Es tan provector como las demás ideas que trae su discurso y que fueron prestadas en un museo de paleontología política. Es el mismo sofisma que se encuentra en la base de los alegatos seculares contra la "democracia" y se resumen en una frase: "la impreparación de las masas". Las masas no pueden dirigir la vida ciudadana, dicen solemnemente, porque carecen de aptitud política. Se precisa que actúen por ellas, en el gobierno y en los puestos de comando de la vida social, las minorías capaces que las irán doctrinando hasta hacerlas tan doctas que se den cabal cuanto de su responsabilidad y puedan actuar por propia cuenta. Esta es la médula de la tesis "elitista" que aparece en una variedad innumerable de formas. En el mundo hispano americano la ha editado en vistoso atuendo el ilustre y apetitoso filósofo español Don José Ortega y Gasset. Su libro *La rebelión de las masas* es un primoroso alegato en pro de la tesis de que "las masas, por definición, no deben ni pueden dirigir su propia existencia y menos regentar la sociedad". Ortega y Gasset ve la causa de la crisis de la civilización occidental —en realidad: del capitalismo— en el "hecho formidable" de que han advenido al "pleno poderío social" esas masas que definitivamente "no deben ni pueden" gobernar. Se necesita, entonces, según él, la reconstrucción de las "minorías selectas" y su restitución en el comando social. Y aunque el filósofo peninsular compromete todas las enormes reservas de su erudición y su gracia metafórica en la empresa de convencer de que su alegato carece de "significado primario y exclusivamente político", no puede evitar que las conclusiones de su alegato vayan en definitiva dontra la "democracia", en cuanto la política es concentración de la vida social íntegra.

La novedad de vestuario no salva la falsedad de la tesis. Las "élites" pretenden seguir imperando mientras las masas carezcan de preparación. Pero las "élites" se esfuerzan siempre en mantener las condiciones que hacen posible y necesario su imperio. Ninguna, además, se dispone nunca a reconocer que las masas han orillado a ese grado de madurez en que no es precisa ni justificable su tutoría. Y así se forja esta especie de cadena sin fin

John M. Keith & Co. S. A.

San José, Costa Rica

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)
Máquinas de escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)
Muebles de acero y equipo para oficinas (Globe Wernicke Co.)
Implementos de goma (United States Rubber Co.)
Máquinas de contabilidad MONROE
Refrigeradoras Eléctricas GRUNOW
Plantas eléctricas portátiles ONAN
Fresquería en general (Owens Illinois Glass Company).
Conservas DEL MONTE (California Packing Corporation).
Equipos KARDEX (Remington Rand International).
Maquinaria en General (James M. Montley, New York), Etc., Etc.

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMON RAMIREZ A.
Socio Gerente

o de círculo vicioso que no llega a conclusión alguna o que cae siempre en la misma: la necesidad de que las "minorías selectas" sigan dirigiendo el mundo. Desde la más lejana antigüedad oriental hasta las postrimerías del mundo feudal, la tesis "elitista" disfrutó su más categórica realización. Castas y estamentos dominantes se consideraron siempre a sí mismas como conjuntos de selección naturalmente dotados para el predominio. La época del "despotismo ilustrado", que en cierta medida preparó la escena para el advenimiento del capitalismo, ofreció una nueva versión práctica del "elitismo". Acuciados por las necesidades de su tiempo, entre ellas las de sus reyertas con la aristocracia feudal cuyo propio régimen custodiaban, los reyes absolutos buscan el consejo de los filósofos. Pero éstos llevan a las cámaras reales junto con el prestigio popular que los monarcas absolutos necesitan para ampliar y fortalecer las bases de su dominio, el núcleo de principios y teorías cuya consecuencia es una negación del "elitismo", la repudiación del derecho rector que se asignan las "minorías selectas".

Porque el liberalismo, que se precisa como la doctrina política correspondiente a los intereses económicos de la burguesía ascendente, implica una impugnación del "elitismo". El liberalismo es una filosofía —"La filosofía de una civilización financiera" lo define Laski— que pretende reducir el mundo a una organización racional. Niega que la razón y el intelecto sean patrimonio exclusivo y herencial de minorías o grupos. La proclama dote común de todos los hombres. Para que esa razón se manifieste y actúe libremente basta sólo que todos los hombres gocen de una igualdad inicial de oportunidades, que todos puedan acercarse a las fuentes de la ciencia y la filosofía, que el Estado los instruya gratuita y obligatoriamente. De ahí que el empeño de los enciclopedistas de recapitular "las luces" de toda la historia para verterlas sobre la humanidad íntegra sea, no obstante los diversos matices políticos que tienen la Enciclopedia, una empresa liberal.

Políticamente el liberalismo repudia y decapita las antiguas "élites" aristocráticas. Pero lógicamente no niega el proceso de selección sino que lo amplía y eleva. La igualdad inicial de oportunidades y el derecho fundamental a las mismas franquías no supone el desconocimiento del resultado inevitable de las características individuales. Unos desarrollarán más que otros y sobresaldrán y las jerarquías intelectuales reaparecerán. Lo que hace es destruir las murallas que enquistaban a las antiguas "élites", romper barreras que impedían a la mayoría de los hombres el libre tránsito hacia los campos del saber, disolver las estratificaciones de casta y clase sobre las cuales operaban aquellas minorías. Prácticamente, no cabe duda de que el liberalismo promovió una generalización de la cultura —de la cultura burguesa— que contribuyó a reducir las condiciones mismas de donde nació la tesis de las "minorías selectas". Las necesidades económicas de expansión del capitalismo —cuyas necesidades políticas satisfizo hasta cierto momento el demo-liberalismo— no habrían podido saciarse si las masas no hubiesen dispuesto de ese *mínimum* de conocimientos que suministra la escuela primaria. Ni habría sido capaz tampoco el capitalismo de cumplir su etapa ascensional sin un progresivo ensanche de las capas de técnicos que impulsarán el perfeccionamiento de las maquinarias y responderán así a las exigencias

de la acumulación capitalista. Ni menos habría podido prescindir de equipos cada vez más vastos de funcionarios intelectuales —la "intelligentsia"— que mantuviese a las masas bajo el dominio de las ideas necesarias a la consolidación y eternización del régimen burgués. Así se disolvieron los círculos estrechos que enclaustraban la cultura y se preparó el terreno para la definitiva ejecución de las "minorías selectas" en cuanto intentasen funcionar como minorías privilegiadas.

La decadencia del capitalismo mundial, exhausto ya de todo impulso progresivo, se manifiesta, entre otras cosas, en la renovación del liberalismo como filosofía política y de la democracia como forma de gobierno y, en un orden de relaciones conexas, en el renacimiento múltiple de las concepciones elitistas. La hondura del abismo ideológico en que han caído las clases explotadoras y sus parásitos razonadores pequeño-burgueses, la ilumina el hecho de que propugnen ahora la teoría de las "élites" como órganos directivos naturales de la sociedad, hombres que se reclaman de confesión liberal. Supera los límites de este comentario, un tanto dilatados ya, un debate de la cuestión de si el liberalismo ha fracasado o se ha cumplido total o parcialmente. Sólo podemos postular la conclusión de que, producto ideológico de una clase creada para bastar a las necesidades de la misma, no puede ir más allá de los límites y necesidades sociales e históricas de esa clase. Ya es un problema distinto el de esclarecer si las pretensiones libertarias fundamentales del liberalismo están por realizarse y a quien corresponde su realización. Lo cierto es que no se realizarán por liberales ni dentro de la metodología que la metafísica liberal comporta. Pero aunque estas son cuestiones cuya autonomía las astraen a este comentario, precisa decir que el "elitismo" no cabe plenamente dentro de las con-

cepciones típicas del liberalismo. Es cierto que ideólogos como Ortega y Gasset y Karl Mannheim —a quien parafrasea ceñidamente Fernando Vela en su ensayo *Sociología de la crisis*— creen que liberalismo y elitismo no se contradicen. Mannheim, por el contrario, según Vela, sitúa la "sociedad liberal" ventajosamente sobre la "sociedad de masas". Mas no hay duda, como arriba decimos, de que el balance lógico del presupuesto liberal es una implícita negación de las "élites" privilegiadas. Precisamente el instante en que esa implicación va a convertirse en real afirmación, en que la sociedad regida por minorías "selectas" va a transformarse en la "sociedad de masas" regida por órganos que son una selección de masas, una constatación de que las masas pueden y deben regirse a sí mismas por sí mismas, en ese instante cabal los liberales se vuelven hacia la dictadura de las minorías selectas que el liberalismo repudió en su hora auroral. Es el momento en que el capitalismo, que ha creado las bases materiales para la edificación del socialismo, gira hacia formas económicas que recuerdan asombrosamente el monopolio feudal que el propio capitalismo juvenil destruyó.

Pero volvamos al discurso del Secretario de Educación. Sus palabras traducen, si no una ideología organizada y definida, por lo menos un repertorio de predilecciones que se corresponden con el momento de acabamiento y supresión de libertades que comienza a vivir el país. No puede asombrar que hayan sido emitidas por un joven que se confiesa liberal y pertenece al directorio de un partido cobijado bajo la etiqueta. El agotamiento del liberalismo exhibe aquí ciertos caracteres relativamente peculiares. A la verdad, en Panamá el liberalismo sólo ha tenido realidad en el sentimiento de las masas que lo identificaban con su anhelo de vida sin miserias ni tiranías. En las esferas dirigentes, para las minorías selectas no ha sido el liberalismo sino biombo encubridor de infinidad de truhanerías que arruinan la vida y libertad de las masas y el porvenir del país y, también, visto, sa cubierta para vestir los más averiados contrabandos reaccionarios. Por su resonancia sentimental en las masas, el liberalismo consiguió impulsar y desenvolver movimientos que se encauzaban, más que dentro del partido liberal como estructura ideológico-práctica, dentro del proselitismo personal que encendieron y arrastraron los caudillos mayores. Porras y Mendoza, y, en segundo plano, Chiari. El periodo de democratismo plebeyo lo señala en nuestra historia la actuación culminante de los dos primeros caudillos en el lapso de 1904 a 1916. Luego se inicia la etapa de regresión cuyos episodios más nauseabundos vamos tocando ahora. La tercera presidencia de Porras y la de Chiari comportan ya los gérmenes de descomposición que hoy actúan en pleno auge. El plebeyismo, el arrabaleñismo, la democracia de sabor patriarcal de Porras y Mendoza, cede el puesto a formas cada vez más ceñudas, agrias, mal olientes de gobierno, no oligárquico, de "dictaduras minoritarias". El 2 de Enero quiere romper el proceso y lo agrava del modo que hoy vemos. Es a las necesidades sentidas por las clases dominantes en este momento a lo que responden las palabras del señor Secretario de Educación. Saben ellas que en las masas se va haciendo una conciencia lenta, difícil pero firme de la vida que vivimos y de la estructura real del régimen político en que se debaten. Miles de

CANSANCIO MENTAL NEURASTENIA SURMENAGE FATIGA GENERAL

son las dolencias
que se curan
rápidamente con

Kinocola

el medicamento del
cual dice el
distinguido Doctor
Peña Murrieta, que

"presta grandes servicios a
tratamientos dirigidos severa
y científicamente".

hombres que antaño creían en las palabras y hasta en los hechos de los viejos conductores y sus sucesores propenden a alejarse de ello y buscar su propia ruta. Las clases dominantes, sus camarillas, sus grupos, sus "élites" comprenden que las masas tienden, un poco tímidamente aún, a usar de los residuos "democrático" de la época de impulso plebeyo para crear la premisa de una democracia no sometida al control de las minorías privilegiadas. Y es entonces cuando, carentes de toda otra justificación para su predominio, reeditan esta decrepitud del "elitismo" y aclaran que el pueblo como pueblo no tiene derecho, porque le falta capacidad, a gobernarse. Y denuncian el sufragio, que las masas van a practicar por primera vez conscientemente, como un lujo costoso que bien se puede su-

primir sin daño de nada ni de nadie. La minoría que se reputa a sí mismo selecta aunque no sea sino producto de una larga selección a la inversa que ha elevado a los chatos eternizar su predominio. Y ha creído necesario y deprimido a los enbiestos —se dispone a justificar sus pretensiones y empeños. Tal es la actitud que delata el discurso del señor secretario. Un discurso que no fue un programa de política educacional. Pero que es un documento político que ilustra la descomposición de un sistema. Si no ha sido más claro en sus formulaciones es porque la burguesaterrateniente panameña, clase parasitaria, larvada, antinacional, que no ha creado una cultura ni puede ya crearla, ha carecido hasta hoy de ideólogos capaces de razonar sus propias apetencias.

Estrellas en la charca

Por JOSE A. ROMEU

== Envío del autor. San Juan de Puerto Rico, 19 de febrero de 1937 ==

Ladeada estaba la casucha. Un día que sopla más fuerte que de costumbre el viento del mar la iban a ver derrumbarse. Era más frágil que las casitas con que juegan los niños que tienen su alfabeto de vitaminas y tiran de las greñas a sus niñeras negras.

Había sido construida con desechos de la ciudad. Era mostrario de los más extraños materiales. Pero su ajuar era aún más extraño. Todo parecía haber sido recogido del inmenso basurero municipal en que lenta, interminablemente, iba consumiéndose lo que los hombres desecharon por inservible.

Allí vivía con su madre.

Era del color de los tallos sin sol y su cuerpo era fino como la yerba que busca la luz.

A nadie interesaba su nombre. Los hombres que pasaban por allí apenas paraban mientes en ella. Sólo percibían el olor malsano y fétido de una charca junto a la casucha, donde un coro de ranas, llegada la noche, croaba en las aguas inmóviles.

A nadie interesaba su vida. Era una de los millones de muchachas que viven en todo el mundo. Era una de los millones de muchachas que sufren la explotación humana en todo el mundo. Era una de los millones de muchachas que mueren todos los días en todo el mundo.

De niña, nunca le calentó el sol. La alegría fue para ella una flor que nunca pudo tener en sus manos. Y mientras las demás niñas, las hijas de los hombres que habían comprado el sol y el aire y el canto de los pájaros reían alegres en prados anchos, ella sólo podía soñar con pasearse algún día, cuando fuese mayor, por los desiertos de la vida. Eso sí, cuando fuese mayor. Cuando fuese libre.

Pero cuando fue mayor no pudo tampoco caminar a sus anchas. Tampoco pudo comprar el sol. Ni tener en sus manos la flor de la alegría.

Salía de la fábrica en el crepúsculo. Una fábrica donde las blusas que cosían las obreras se iban tiñendo con la sangre clara de las mujeres que trabajaban día y noche. Sólo le era dable contemplar, bajo la palidez de los ocasos, la línea lejana del horizonte marino, en espera de un barco que no llegaba nunca.

Soñaba irse en un barco que la llevase lejos, a un país impreciso, donde ella fuese libre y la vida fuera amplia y pura y llena de luz.

Los hombres, había pensado muchas veces, habían dispuesto las cosas muy mal. Los que habían vivido antes que ella y los que vivían en torno de ella. Los que habían construido las ciudades con oscuros edificios de acero y levantado templos de piedra. Los que habían inventado cañones. Los que pasaban en coches relucientes salpicándola de lodo todos los días de lluvia. Los que habían mutilado su vida.

Así había pensado la muchacha fina como las yerbas que buscan la luz, en su casucha ladeada, junto a la charca donde croaba un millar de ranas en el agua inmóvil.

Pero no todo era miseria en su vida. A la charca, junto a la que ella soñaba una vida mejor, cuando era llegada la noche, también bajaba a reflejarse la luz lejana, pura, infinita de las estrellas.

De Fernando VII:

Este déspota, que iba a ser muy pronto el azote y el verdugo de su pueblo, había nacido, como se ve, con toda la cobardía y la flexibilidad de rodillas que parece ser el arma defensiva de los caracteres perversos y depravados; y cuando fue restaurado verificóse en él aquello de *al ruín se le conoce dándole mando*.

(Vicente F. López, *Historia de la Rep. Argentina*, tomo II. Buenos Aires, 1911).

La hora de la duda

...Cuando llegó para él (*) (¿para quién no?) la hora de la duda; cuando en un recodo de la senda, hasta entonces llana, descubrió escabrosidades que no sospechaba y más de un camino para llegar al fin no bien percibido, el alto no tuvo que ser duradero, ni la consulta prolongada: juzgó uno mejor, y lo siguió sin vacilar, aunque cambiando de dirección. Los que le acompañaban hasta allí lo dejaron ir y le siguieron acompañando con su respeto. Ni concebía, ni era fácil concibiera, al hombre digno sin la sinceridad en la palabra y en la acción. Por eso ha dicho y enseñado de un modo tan enérgico: "Dí lo que piensas hoy con palabra segura, y dí mañana, con igual seguridad, lo que pienses mañana, aunque contradiga todo lo que has dicho hoy". Cuando llegó el momento, Emerson declaró su contradicción y la demostró con sus acciones. Merece que recordemos el caso.

Ejercía su ministerio, querido y respetado por todos aquellos a quienes edificaba con la palabra y el ejemplo; pero su espíritu continuaba su poderosa evolución, y pronto descubrió que negaba su asentimiento a algunas de las prácticas más antiguas y de los ritos más significativos de su iglesia. Procuró con prudencia y decisión su reforma, pero fue en vano: sus cosestarios permanecieron apegados a lo estatuido. Los convocó entonces, les expuso en términos sencillos y elocuentes su disenso, se despidió de ellos con ternura y dejó el ministerio. "En mis funciones de ministro cristiano—les dijo—es mi deseo no hacer nada que no pueda hacer de corazón. Con decirles esto os lo he dicho todo". Palabras admirables que nos descubren al hombre y nos pintan todo un estado de civilización.

(De Enrique José Varona, en *Discursos y Conferencias*. La Habana, 1936.

(*) Emerson

Tome y lea:

Enrique José Varona: *Estudios y Conferencias* \$ 5.00
El Estado totalitario (varios autores). \$ 1.50
 El Nº 26 de Sur, con páginas de T. S. Eliot, Emil Ludwing, Aldous Huxley, Gómez de la Serna, etc. \$ 2.50
 Co el Adr. del Rep. Am.

"In Angello Cum Libello". - Kemp's

En un rinconcito, con un libreto,

UN BUEN CIGARRO Y UNA COPA DE

ANIS IMPERIAL

SUAVE — DELICIOSO — SIN IGUAL —

FABRICA NACIONAL DE LICORES

San José, Costa Rica

Lo que hay detrás de la revolución española

=Traducción y envío de Doña María de Sancho, Cartago (Costa Rica) y
diciembre, de 1936 =

Extracto de un artículo titulado *Lo que hay detrás de la Revolución Española que aparece en el número de octubre de Foreign Affairs, revista publicada en Estados Unidos por el Consejo de Relaciones Extranjeras, Inc., y que nunca podría tacharse siquiera de izquierdista, como puede verse por los nombres de sus colaboradores: Newton D. Baker, Secretario de Guerra bajo el Presidente Wilson; A. Lawrence Lowell, Presidente Emérito de la Universidad de Harvard; Manley O. Hudson, el famoso Catedrático de Derecho Internacional de la Escuela de Derecho de Harvard y uno de los consejeros americanos en la conferencia de paz celebrada en París; Joseph Redlich, último Ministro de Hacienda del Imperio Austro-Húngaro, y célebre Catedrático de la Universidad de Viena y más tarde de la de Harvard; George Boris, editor de La Lumière; el Marqués de Lothian, editor del Round Table y ex-Secretario de Lloyd George, todas personalidades literarias de primer orden. El autor de este artículo es Lawrence A. Fernsworth, un católico —como el mismo lo dice— que fué por muchos años corresponsal del London Times en Barcelona y conoce muy bien, por lo tanto, la situación española.*

Cuando se considera la raigambre secular de la Iglesia en España, y la desgracia que ahora le ha sobrevenido, me viene a la mente la adaptación de estos famosos versos: "De todas las palabras tristes dichas y escritas, las más tristes son éstas: *No había necesidad de que ocurriera*". Pues a la verdad la suerte de la Iglesia española en tiempos modernos no tenía por qué haber sido nunca la que es, si ella hubiese seguido otro camino. El que esto escribe, *siendo católico*, le hizo hace unos dos años al editor de un periódico católico para el cual escribía, la advertencia de que Gil Robles estaba siguiendo una política que simplemente iba a empeorar la situación de la Iglesia. Y ha resultado justificada tal advertencia por los acontecimientos últimos. Desagradable como es la historia de la alianza de la Iglesia con los enemigos de la República, hay que confrontar los hechos: hay que relatar la historia. No hacerlo sería falta de sinceridad y de valor.

En países como Inglaterra y Estados Unidos, donde el calibre de los hombres de la Iglesia les conquista el respeto general, se hace incesantemente la pregunta: "¿Cómo es que en un país casi enteramente católico el pueblo puede volverse contra la Iglesia de tal manera?" Lo mismo los católicos que los protestantes no pueden explicarse cómo una institución cuya misión es extender y defender la doctrina de amor por los semejantes, de la dignidad y del valor de cada hombre, de una justicia común para una humanidad común, y que estaba además en una situación privilegiada para llevar a cabo su tarea, haya fracasado tan miserablemente como para sólo inspirar en los corazones de sus fieles un frenesí de desconfianza y odio, con todas las terribles consecuencias prácticas que estamos viendo ahora.

Levantamientos populares contra la Iglesia en España no son cosa de ahora. En 1835 hubo una gran quema de iglesias y monasterios. Una de las principales quejas de entonces era el exceso de posesiones en tierras y en otras riquezas que tenía la Iglesia en contraste con la miseria del pueblo. Pero la Iglesia se repuso de aquel golpe y creció pronto otra vez en poder y en riquezas. En todas partes poseyó otra vez templos y monasterios enormemente ricos.

Hasta el advenimiento de la República existió una suerte de unión entre la Iglesia y el Estado, lo que quería decir que la clerecía y la jerarquía eran pagadas del tesoro público; los obispos eran propuestos por el rey, esto es, eran personajes políticos adictos al régimen; ciertos obispos eran miembros del Senado; la Iglesia intervenía en las escuelas nacionales para enseñar religión. En otras palabras, la Iglesia era la aliada del Estado; pero el pueblo miraba al Estado como su opresor. Por lo menos, las masas analfabetas y hambrientas lo veían así. Además, la Iglesia significaba una copiosa sangría sobre los recursos económicos del país. España estaba hasta las orejas de clerecía —de dieciséis a veinte clérigos podían verse cualquier día en un funeral modesto, y cada uno cobraba sus emolumentos. ¡Y cuántas veces he entrado yo en una catedral y me he encontrado con que se celebraba una misa solemne o pontifical con toda pompa litúrgica ayudada por todo el cabildo de la catedral y en presencia de sólo tres o cuatro fieles!

El principal contacto del pueblo con la Iglesia era con ocasión de funerales, misas y dispensas. Se había llegado a la conclusión de que la Iglesia era un negocio. Algunos clérigos llevaban vidas escandalosas. A infinidad de ellos se les acusaba de tratar de dominar los hogares con los cuales tenían contacto, de establecerse en dueños y señores en

las aldeas, y de mucho más. En consecuencia la clerecía llegó a perder el respeto de grandes sectores de la población—si no, en verdad, de una gran mayoría de católicos españoles. Cientos de miles de personas fueron completamente ahuyentadas de la Iglesia. Otras, las anticlericales, establecieron una línea bien definida entre el clericalismo y el catolicismo. Entre estos últimos estaban los muchos buenos católicos que favorecían a la República y que resentían amargamente el que la clerecía quisiera obligarlos a oponerse al régimen republicano.

Dejemos que *El Socialista* del 11 de abril de 1936 nos dé más informes de la queja de la oposición contra la Iglesia:

"La monarquía no hizo otra cosa que entregarse a las intrigas de Roma, cuya tendencia a ejercer poder temporal y privilegio en los asuntos de Estado es irrepresible. Obispos y curas de parroquia compartían el dominio político con gobernadores y alcaldes. El Nuncio estaba acostumbrado a tener más influencia que el Primer Ministro. Existía la situación anacrónica de dos sistemas de leyes incompatibles con la soberanía de un Estado laico e indivisible: la ley canónica y la ley civil. La indiferencia religiosa se conceptuaba una ofensa contra la patria, y los funcionarios públicos participaban en los servicios litúrgicos. Las consecuencias de este bizantinismo fueron que el pueblo reaccionó de igual manera contra la Iglesia y contra la Monarquía que aparecían aliadas en unión umbilical. A la caída de la monarquía se rompió esta mórbida alianza. El Estado proclamó su poder absoluto en materias de ley y de laicismo... La Iglesia, sin embargo, no se ha resignado a esto, y su última ofensa es la representada por la *Ceda*... Nosotros, hombres de barro, respetuosos de los éxtasis de los demás, sólo pedimos que la casta sacerdotal no despierte el rencor de su rebaño contra nuestras instituciones políticas".

Este párrafo resume el punto de vista de los que buscaban llegar a la separación de la Iglesia y del Estado por procesos radicales. La referencia al respeto del español común y corriente hacia el culto religioso le parece sincera al que esto escribe. Parece improbable que después de los primeros brotes de quema de iglesias de 1931 hubiera sobrevenido nueva violencia contra la Iglesia, si ésta hubiera tenido la prudencia de dejar las cosas en paz. A la verdad, con prudencia y paciencia, recurriendo a la que ella misma llama "resignación cristiana", demostrando su disposición a enmendar su modo de ser, la Iglesia podría muy bien haber ido poco a poco reconquistándose mucha de su perdida simpatía, haber conseguido una condonación de algunas de las leyes religiosas y ganado entero reconocimiento de sus derechos legítimos. Si, por ejemplo, la República hubiera estado convencida de que la clerecía no iba a usar las escuelas eclesiásticas como centros de propaganda contra un Gobierno que el Supremo Pontífice no había encontrado incompatible con los intereses de la Iglesia, parece bastante seguro que con el tiempo hubiera vuelto otra vez a tener sus escuelas. Desgraciadamente la

AHORRAR
es condición sine qua non de
una vida disciplinada
DISCIPLINA
es la más firme base del
buen éxito
LA SECCION DE AHORROS
— DEL —
BANCO ANGLO
COSTARRICENSE
(el más antiguo del país)
está a la orden para que Ud.
realice ese sano propósito:
AHORRAR

Iglesia no vió las cosas así. Se puso de acuerdo con un partido y un jefe de partido que eran conocidos como los archienemigos de la República. El pueblo sentía que para mantenerse en el poder la Iglesia estaba dispuesta a derrocar la República. Y de este modo la Iglesia atrajo sobre sí su propia perdición.

No quiero decir que dentro de la organización de la Iglesia española no hubiera hombres y mujeres sacrificados y sinceros; instituciones eficientes y altruísticas de saber y de caridad; curas, monjes y monjas dedicados al servicio de la humanidad. Me refiero especialmente a la orden Franciscana que estaba cerca del pueblo según el testimonio de muchos de los mismos revolucionarios. Pero en la verdadera práctica los miembros de esa orden se sentían fuera de lugar frente a la organización eclesiástica. Todas esas gentes sinceras e inocentes fueron las víctimas inconscientes del 'sistema', del modo de proceder tan imprudente de la Iglesia española, de su absolutismo. Con ella han caído también ellas.

Vamos a examinar ahora brevemente las medidas antieclesiásticas a que recurrió la República. La jerarquía y la clerecía fueron eliminadas del presupuesto. Se les permitió ejercer sus funciones sacerdotales como quisieran, pero se les prohibía ganarse la vida como maestros. Los cementerios se secularizaron: para hacer entierros religiosos se requería que el difunto hubiera dado permiso para ello antes de su muerte; los funerales públicos religiosos necesitaban el permiso de las autoridades locales (pero rara vez se prohibían); se necesitaba también permiso para las procesiones religiosas que se hacían en las calles en días de grandes fiestas (por lo general no se permitían, aunque las procesiones de Semana Santa de Sevilla continuaron como de costumbre). Las autoridades a veces molestaron a la Iglesia prohibiendo el repique de campanas o imponiéndole ciertas restricciones.

Una ley especial disolvió la orden jesuítica y confiscó sus propiedades. Otra ley especial, conocida como la ley de congregaciones religiosas, suprimía las escuelas religiosas y limitaba las actividades de las órdenes religiosas, poniéndolas bajo la estricta superintendencia del Estado, aunque sin suprimirlas. La tercera de la trilogía de leyes religiosas estipulaba la nacionalización de la propiedad eclesiástica. Esta ley declaraba simplemente que toda propiedad eclesiástica, inclusive los tesoros, pasarían a ser propiedad de la nación, apoyándose en que no había sido adquirida como la propiedad ordinaria y por lo tanto no caía bajo la categoría de esta última; se alegaba que constituía un patrimonio gratuito de riqueza nacional y que era por lo tanto patrimonio del pueblo. La nacionalización de la propiedad eclesiástica no significaba su confiscación. Toda esta propiedad quedaba en manos de la Iglesia, hasta el último cáliz y el último candelero, sin poner ninguna restricción para su uso. La única limitación era que la Iglesia no podría disponer de esa propiedad como si fuera propiedad privada. Ni el Estado, que era específicamente el encargado de su protección y mantenimiento, podía tampoco disponer de ella. Además, como propiedad del Estado, estaba exenta de impuestos, un hecho que de por sí significaba quitarle una gran carga a la Iglesia. Finalmente no se rompían relaciones

diplomáticas con la Santa Sede. El Nuncio Papal permaneció en Madrid, y durante el primer bienio hubiera habido un Embajador Español en el Vaticano (como en realidad lo hubo durante el 'bienio negro') si el Vaticano no hubiera declinado aceptar a la persona nombrada para el caso.

Este es un resumen sucinto del tratamiento recibido por la Iglesia de parte de la República Española. Si algunas de las medidas parecen injustificadamente duras, no eran sino esperanza de remedio. También puede observarse que estas medidas no resultaban tan duras como las cosas que se le han hecho a la Iglesia en países como México y Alemania.

No obstante, la Iglesia echó todo el peso

1887. Las lecturas de Nietzsche

Lee, y sus lecturas parecen dirigidas por una más libre curiosidad y menos ordenadas por la rigidez de las ideas preconcebidas. Se familiariza con las obras de los decadentes franceses; aprecia los escritos de Baudelaire sobre Ricardo Wagner y los Ensayos de Psicología contemporánea de Paul Bourget; lee los cuentos de Maupassant y admira a "este gran latino". Hojea algunos volúmenes de Zola, y no se deja seducir por este pensamiento plenamente popular, por este arte absolutamente decorativo. Compra y comenta con lápiz al margen el Esbozo de una moral sin obligación ni sanción. Guyau había tenido, como Nietzsche y al mismo tiempo que él, la idea de fundar una moral sobre las modalidades expansivas de la vida; pero Guyau las interpretaba en otro sentido y comprendía como fuerza de amor lo que para Nietzsche era fuerza conquistadora. No obstante, el acuerdo inicial es seguro, y Nietzsche estima la obra inteligente y pura del filósofo francés. La boga de los novelistas rusos comenzaba por aquel entonces. Nietzsche se interesa en estos poetas de una raza joven, violenta y fina, cuyo encanto sintió siempre. "¿Conoce usted a Dostoiewsky? — escribe a Peter Gast—. Nadie fuera de Stendhal, me ha satisfecho y deleitado tanto. He ahí un psicólogo con el cual me entiendo". Señala el nuevo autor a todos sus corresponsales. El fervor religioso de aquellos eslavos le interesa y merece su indulgencia. No es un síntoma de debilidad, piensa, sino la desviación de una energía que no puede aceptar los fríos límites de la sociedad moderna y cuya rebeldía adopta la forma de un cristianismo revolucionario.

(De Daniel Halewy, en *La vida de Federico Nietzsche*. Ediciones La Nave. Madrid, 1931)

Tenía vergüenza y no sabía lisonjear

Cervantes no había nacido para cortesano, como lo dice él mismo en su lenguaje sin afeites con que suele expresar las verdades más amargas; tenía vergüenza y no sabía lisonjear. La atmósfera de un palacio había de parecer demasiado entarecida a un ánimo noble, enamorado de la sinceridad cabellerosa y de la justicia no adulterada por el favor o el interés.

(De Enrique José Varona en *Discursos y Conferencias*. Habana, 1936).

de su clerecía, de su prensa y de sus dóciles secuaces a la lucha política. Se formó, simultáneamente con la Acción Popular, una gran organización de seglares, mujeres y niños y hasta clérigos con el nombre de Acción Católica. A todo individuo reconcidamente católico se le urgía para que se uniera a la organización. La Acción Católica no era más que una sucursal de la Acción Popular y cuando se estaban preparando las elecciones de 1936 se echó audazmente a la campaña política contra el Frente Popular. Una sola cita es suficiente —el manifiesto de la Junta Archidiócesana de Acción Católica correspondiente al Arzobispado de Tarragona, advirtiéndole a los católicos "los peligros del triunfo de la revolución en las próximas elecciones" y prescribiéndoles el "deber" de votar por "la anunciada candidatura de orden", pues al hacerlo así complacían los deseos del Pontífice expuestos recientemente por su Eminencia el Cardenal Goma, Arzobispo de Toledo y Primado de España. Este manifiesto añadía: "La abstención en estas circunstancias significaría deserción y traición a la patria y una desobediencia manifiesta a las normas que, en la situación actual, han sido reseñadas por la Santa Sede y por el Episcopado español. Que todos voten como un solo hombre, por una sola papeleta, por la religión y por la patria."

Yo puedo testificar personalmente de buenos católicos de escasas simpatías republicanas que, ofendidos por este intento de mandarles como debían votar, o se abstuvieron de dar su voto o votaron por la República. El manifiesto se publicó en toda la prensa y se refirieron especialmente a él dos periódicos de Barcelona de tendencias apolíticas y moderadas que mantienen páginas eclesiásticas para sus lectores. *El Noticiero* de febrero 8, y *La Vanguardia* de febrero 11 y 12.

El atentado de dictadura eclesiástica en política se había mostrado ya en las elecciones de 1931, apenas unos meses después de proclamada la República. Esto fué revelado por varias cartas pastorales del Episcopado publicadas entonces, especialmente la del Cardenal Segura, el primado, que le mereció su expulsión de España. Para la fecha de las elecciones regionales catalanas de Noviembre 1932, la intervención política de la Iglesia estaba bien organizada. Los votantes fueron inundados de literatura (de la cual yo conservo algunas muestras) informándolos que "sus conciencias no les permitían" votar por el candidato de izquierdas. *El que no siguiera a esto una campaña de violencia contra la Iglesia es una prueba de que los extremistas se habían propuesto a no dejarse provocar a mayores excesos.* De vez en cuando ocurría un ataque a algún templo, especialmente durante el levantamiento de 1934, pero durante cinco años no hubo ningún ataque general o sistemático contra las iglesias.

Penitentes de la Iglesia han sido obligados a vestir el cilicio y a llevar ceniza en la cabeza en señal de contrición. Han ido a Canossa. Pero la Iglesia española nunca hace lo mismo. No mira en su corazón, no hace examen de conciencia ni confesión de error. Sus defensores en el extranjero, sin embargo, la representan como víctima de persecución completamente irrazonable y sin motivo verdadero. Se presume simplemente que las puertas del infierno se abrieron contra ella.

Horacio Quiroga hizo su propia defensa ante la posteridad

Por ARTURO MEJIA NIETO

= Envío del autor. Buenos Aires, febrero de 1937 =

La atención concentrada en la necesidad de ganar dinero para vivir mejor — calamidad de nuestro tiempo — impone el sacrificio de la belleza en el artista, quien por atender aquello desatiende esto.

Hay, sin embargo, un remedio: irse a un villorio en donde las exigencias sociales son pocas, lo mismo las responsabilidades, etc., y en donde, desde luego, disminuyen las tentaciones del mundo sensual. En un ambiente así, el artista puede disponer y contar consigo mismo, mantener el ojo avisor y el espíritu alerta para que pueda captar la onda trasmisora.

Horacio Quiroga, en la Argentina, era uno de los poquísimos escritores, yo creo, que llevaba esta suerte de vivir. Verdad es que él había solucionado tal problema únicamente de modo indirecto, pues su intención primordial era acercarse al hechizo de la naturaleza, cuyo embudo lo poseía.

Ahora ha muerto Quiroga. Vamos a hacer un pequeño recorrido por su arte de escritor a propósito de una paginita en que él lo defendía ante la posteridad (*)... (y en ocasión, claro, del triste fin de su vida). Y vamos a hacerlo — que nos perdone el lector — con un modo personalísimo. En primer lugar — bueno es que lo expongamos de una vez — Horacio Quiroga fué el escritor del Plata que hiirió cierto registro de nuestra sensibilidad como acaso ningún uruguayo o argentino. Es así que nuestra gratitud de lectores resulta inmensurable.

Pero, entremos en materia y hagamos referencia a esta página que hemos mencionado y la cual conservamos con cariño, como un simple recorte de revista. En ella, el escritor insigne hace un proceso de su propio arte con la tristeza del condenado que de mala gana se acerca y exige con cólera y pena un poco de justicia para sí mismo. Y no era posible la justicia, según parece, pues los jóvenes suelen ser por razones biológicas implacables en contra de los "pasatistas". Pero démosle la palabra al condenado y oigamos cómo se defiende en esta paginita que se domina precisamente: *Frente al Tribunal*.

Posiblemente Quiroga escribió esto con los dientes apretados, transido de pena y cólera por la incompreensión del vulgo. Seguramente algún chismecito venenoso

(*) Léase la revista *El Hogar* de Buenos Aires, número correspondiente al 11 de setiembre de 1931: *Ante el Tribunal*, por Horacio Quiroga.



Horacio Quiroga

Homenaje laico

Montevideo, 27 (Esp.) — En el auditorio del parque Rodó se llevó a cabo esta noche un homenaje laico, en memoria del escritor Horacio Quiroga, cuyas cenizas fueron traídas desde Buenos Aires, vía Colonia, por una delegación de intelectuales rioplatenses, integrada por los señores Alberto Gerchunoff, Baldomero Fernández Moreno, Pedro Leandro Ipuche, Enrique Amorín y Manuel de Castro. Poco después de las 17 arribó a Colonia la delegación, esperándola numeroso público, que la acompañó hasta la Intendencia Municipal, en donde la urna de elgarrobo, en la que el artista Stefan Erzia labró la cabeza de Quiroga, fué colocada en un catafalco, delante del cual desfiló la población. Minutos más tarde se emprendió el viaje a la capital, llegándose al parque Rodó sólo a las 23, cuando era nutrido el público que aguardaba.

La urna, cubierta con las banderas argentina y uruguaya, fué colocada en un túmulo levantado en el centro del auditorio, rindiendo honores, con antorchas en alto, una dotación del cuerpo de bomberos. Se hallaban allí el ministro de Instrucción Pública, Sr. Eduardo Víctor Haedo; el embajador argentino Dr. Paulino Llambí Campbell; el director general del Ministerio de Relaciones Exteriores, Sr. Luis Guillot; el presidente de la Comisión de Asuntos Internacionales de la Cámara de Diputados, don Armando V. Pirotto, los poetas José María Delgado y Herrán Silva Valdés y otras personas. El Sr. Haedo dió comienzo a la parte oratoria, en nombre del Poder Ejecutivo, rindiendo postrer homenaje al esclarecido escritor, en una extensa improvisación. En seguida, el Sr. Gerchunoff analizó la obra y la personalidad de Quiroga, empleando conceptos profundos y felices, que el público oyó con recogimiento. Más tarde, El Sr. Silva Valdés leyó una poesía, y el Sr. Fernández Moreno un epitafio. A continuación, el Sr. Ipuche pronunció un sentido discurso, y la Srta. Maruja Demicheli dió lectura a un mensaje de la poetisa Juana de Ibarbourou. Finalmente, la banda del Sodre hizo oír música de Wagner, Schumann y Beethoven.

La urna será llevada mañana a las siete en un tren expreso a Salto, en donde se realzarán nuevos homenajes, depositándose, por último, en el panteón que la familia Quiroga posee en el cementerio Central de aquella ciudad.

(La Nación. Buenos Aires, 28-II-37)

lo impulsó a dejar constancia de su obra en esta síntesis que comentamos. Nada sabemos de cierto, claro, todo es pura conjetura. Creemos, sin embargo, que éste es un utilísimo documento.

No creo — principia diciendo Quiroga — que el tribunal que ha de juzgarme ignore totalmente mi obra. Algo de lo que he escrito debe de haber llegado a sus oídos. Sólo esto podría bastar para mi

defensa (¡cuán mejor, en verdad!), si los jueces actuantes debieran considerar mi expediente aislado. Pero como he tenido el honor de advertirlo, los valores individuales no cuentan. Todo el legajo pasatista será revisado en bloque, y apenas si por gracia especial se reserva para los menos errados la breve exposición de sus descargos.

Mas he aquí que según informes de este mismo instante, yo

acabo de merecer esta distinción. Pero qué esperanzas de absolución puedo acariciar, si convaleciente todavía de mi largo batallar contra la retórica, el adocenamiento, la cursilería y la mala me artísticas, apenas se me concede en esta lotería cuya ganancia se han repartido de antemano los jóvenes, un minúsculo premio por aproximación?

Debo comparecer. En llano nodo, cuando llegue la hora, he de exponer ante el fiscal acusador las mismas causales por las que condené a los pasatistas de mi época cuando yo era joven y no el anciano decrepito de hoy. Combatí entonces porque se viera en el arte una tarea seria y no vana, dura y no al alcance del primer desocupado.

— Perfectamente — han de decirme; — pero no generalice. Concrétese a su caso particular. — Muy bien — responderé entonces. — Luché por que no se confundieran los elementos emocionales del cuento y de la novela; pues si bien idénticos en uno y otro tipo de relato, diferenciábanse esencialmente en la acuidad de la emoción creadora que al modo de la corriente eléctrica, manifestábase por su fuerte tensión en el cuento y por su vasta amplitud en la novela.

— No basta esto para su descargo — han de objetarme, sin duda.

— Bien, — continuaré yo. Luché por que el cuento (ya que he de concretarme a mi sola actividad), tuviera una sola línea, trazada por una mano sin temblor desde el principio al fin. Ningún obstáculo, adorno o digresión debía acudir a aflojar la tensión de su hilo. El cuento era, para el fin que le es intrínseco, una flecha que, cuidadosamente apuntada, parte del arco para ir a dar directamente en el blanco.

— Tampoco esas declaraciones lo descargan en nada de sus culpas...

— Bien — tornaré a decir con voz todavía segura, aunque ya sin esperanza alguna de absolución. Yo sostuve, honorable tribunal, la necesidad en arte de volver a la vida cada vez que transitoriamente aquel pierde su concepto.

Tal es el documento en que D. Horacio Quiroga — desde luego el primer cuentista de nuestra lengua — defiende su arte muy bien logrado ante un tribunal hipotético, pero que sí es real pues ese tribunal lo constituye la posteridad. ¿Cuántos escritores pueden hacer y decir lo propio? ¿Es que todos los escritores tienen una orientación tan clara como la tenía

(Concluye en la pág. 191)

Benito Quinquela Martín

Su personalidad artística

Por HECTOR F. MIRI

= Envío del autor. Buenos Aires. Diciembre de 1936 =

No vamos a incurrir, en el trabajo que se va a leer, en el poco serio sistema de bordar un dirrambo al artista por el hecho de estar ya consagrado en el concepto de la crítica mundial. Tampoco, porque aún alienta en nosotros ese espíritu de juventud y de creación, empuñaremos la lupa inseparable de algunos críticos rigurosos para estudiar dónde está la pincelada maestra y dónde la defectuosa.

Simplemente, enfocaremos a Quinquela Martín, expresión de primera línea en el arte contemporáneo americano, como una personalidad que de una vez por todas es menester definir, no para darle satisfacción a él mismo, sino y sobre todo, para saber a ciencia cierta cómo debemos considerarlo en el concierto de nuestras representaciones estéticas.

Si echamos una mirada retrospectiva a la formación artística de este pintor, advertiremos inmediatamente que nos encontramos ante un admirable arquetipo de autodidacto que jamás se detuvo —como querían ciertos fracasados del arte que un día se dieron a hacer prestidigitaciones con conceptos espigados en los manuales de mitología para poetas de estufa— en las contemplaciones "apolíneas" de la pintura académica, siempre fría y carente de ese soplo vital que alienta en las obras que no han pedido permiso a la técnica escolástica para manifestarse.

Surgido a la vida del trabajo rudo en los mismos paisajes que hoy lleva a sus telas, Quinquela Martín pudo tonificar su espíritu a base de la comprensión del esfuerzo, del ensanchamiento del músculo, de la pureza del alma y del cuerpo sanos sin los jarabes dulzones que son las comodidades materiales y sin las muletas de maestros o de modelos que le permitieran andar por caminos ya recorridos.

El Riachuelo, motivo virgen y sin cansancio cuando Quinquela, adolescente aún, empezó a adoptarlo para su calidoscopio, tenía y tiene, como todos los paisajes que trasuntan el dinamismo humano, un significado universalista, no precisamente por el hecho de que en él echan sus anclas todos los barcos del mundo, sino porque es la síntesis, el "uno formado de muchos reunidos", del trabajo del hombre.

Verlo, sentirlo y trabajar en él hasta identificarse con el profundo simbolismo que se desprende de los barcos procedentes de todos los puertos, significa, sin duda, el



Cargadores de carbón

Cuadro de B. Quinquela Martín

norte de su poderosa visión artística. Así como los grandes poetas de la naturaleza han logrado, en la reciedumbre de su panteísmo, conceder un alma a las cosas aparentemente inanimadas, así también nuestra actual primera figura pictórica de auténticos relieves sociales, logró dar a cada plano que se le ofrecía a sus luminosas pupilas, el sentido y el espíritu que deben contener las expresiones de los objetos para que alcancen la dignidad de la belleza en su más elevado concepto estético.

Mimetizada casi con la policromía y la polifonía del ambiente, la personalidad artística del másculo fresquista de nuestro puerto fué formándose, pues, dentro de un criterio absolutamente moral desde el punto de vista de su misión como pintor. Mirarle bajo otro aspecto que no sea el de su

propia concepción del arte, que no siempre es puntilloso ni siempre se traduce en líneas o descripciones perfectas, es error. Porque su obra, como lo veremos en seguida, tiene una trayectoria que no puede, de ninguna manera, detenerse en composiciones "geométricas", que serán excelentes para adornar salas suntuosas o hacer número en las pinacotecas de los coleccionistas, pero no para expresar el verdadero sentido del arte frente a las exigencias de nuestra época, tan saludablemente antirromántica y tan genuinamente clásica en su capacidad de asimilar sólo lo que es útil y bello para la colectividad y de rechazar sólo lo que es útil y bello para el individuo.

Significación de su pintura

"Lo que no es útil al enjam-

bre, tampoco lo es a la abeja", sentencia la permanentemente actual máxima filosófica de Marco Aurelio. Y si la parafraseamos adicionándole el criterio que hoy tenemos acerca de la belleza y de la utilidad que debe reportar al mayor número de hombres, dándole proyecciones de necesidad espiritual, advertiremos que el significado de la pintura de Quinquela Martín se ajusta estrictamente al axioma del filósofo. Porque sus cuadros pueden ser interpretados, sentidos y comprendidos por todos los hombres que sufren, aman y trabajan, que son los más, que son los que constituyen el enjambre de abejas productoras, y en lo cual está precisamente la belleza de la colmena.

En todas las telas de Quinquela Martín, aun en aquellas donde el motivo sólo es el paisaje sin figuras o en otras donde ellas ocupan el primer plano, como en algunos frescos colocados en las aulas de la flamante escuela *Pedro de Mendoza*, fundada merced a su iniciativa y a su generosidad de artista, respira el aliento inconfundible del alma popular, de la que es hija su personalidad.

En las que reproducen escenas del trabajo portuario, desde las de carga y descarga de los barcos mercantes hasta aquellas que retratan los pescadores después de la cosecha proficua en las madrugadas del mar, el fecundo pintor ha puesto una intención social que asoma siempre en el movimiento muscular de los estivadores, cuyos hombros, cargados unas veces con los sacos pletóricos de grano y otras con los grandes canastos llenos de frutos o carbón, sintetizan la fuerza y la pujanza de los trabajadores del brazo, a la vez que resumen la voluntad del



Benito Quinquela Martín

hombre en su lucha perpetua con la vida.

Los mismos frescos de la escuela recientemente inaugurada en la Boca, poseen un profundo significado moral desde el punto de mira didáctico. Porque abarcan el reconocimiento de la inteligencia al músculo, del trabajo intelectual al trabajo físico, del espíritu al cuerpo.

¡Cómo vamos a ir a buscar, pues, en la pintura de Quinquela Martín el detalle aislado, de estrecha percepción, cuando en su magnitud nos está ofreciendo todo el espectáculo de la vida laboriosa y doliente de la clase realmente dueña de la producción!

¡Cómo detenemos en sutilezas analíticas, de pura técnica simétrica y, por lo tanto, superficial y de segundo plano, cuando estamos viendo la austera hondura filosófica de sus paneles, que son documentos vibrantes del arte puesto al servicio de la más digna actividad humana, que es el trabajo de los explotados, a los cuales debemos todo nuestro respeto y toda nuestra solidaridad!

La significación de la pintura de este artista está contenida en la insistencia, precisamente, con que elige los motivos que le sirven de argumento para sus obras.

Claro está que Quinquela Martín podría pintar otros asuntos, otros paisajes que no sean los del puerto, otras figuras que no sean las de trabajadores. Pero, entonces, su proyección, su finalidad, su decidida concurrencia a las objetividades del gran problema social que se trata de resolver por todos los medios, habría perdido su verticalidad artística, es decir, no poseería esa fuerza y esa calidad eminentemente personal y creadora que hoy tiene y que se manifiesta claramente en todos sus cuadros.

Por otra parte, su localismo, que no es, por cierto, signo de comodidad o carencia de visión hacia las demás latitudes de la urbe, indica, de hecho, la consistencia de su voluntad orientada en base a un principio que ya Torres Riosco, el conocido profesor de Berkeley, insinuó en un enjundioso estudio acerca de Walt Whitman: "lo que no es local, no es universal".

Su gravitación en la pintura americana

Sin exagerar, y sin querer hacer, deliberadamente, malabarismo de conceptos, podemos decir que conjuntamente con Diego Rivera y Clemente Orozco, Quinquela Martín constituye el triángulo de los grandes pintores sociales de América. Si bien los dos mexicanos observan un simbolismo más pronunciado en sus respectivas pinturas, cabe afirmar que el objetivismo del argentino logra alcan-



Cargadores de naranjas, en Corrientes

Cuadro de B. Quinquela Martín

zar la misma grandiosidad e idéntico contacto con los ojos y con el sentimiento del pueblo. Y esto es lo que interesa. Que el pueblo vibre ante los cuadros que reproducen su lucha y su herencia del esfuerzo, para que trate de comprender sus propios derechos en toda su amplitud histórica y materialista: "Si yo trabajo y sufro, justo es que supere este trabajo y este sufrimiento con la suprema aspiración de realizar un día la justicia del mundo, mediante la implantación de regímenes más libres y más equitativos". "Si yo trabajo y sufro, justo es que intente vencer este imperativo con la obtención urgente de los gozos que merezco, precisamente por ser

yo el indiscutible productor de los medios que conducen a ellos".

Esto es lo que dicen los cuadros de Quinquela Martín. Por eso, su gravitación en la pintura de América no puede hacer aguas en el concepto multitudinario de las masas representadas en ella.

Se seguirá discutiendo mucho tiempo aún si hay o no verdad en este aserto; muchos pusilánimes continuarán haciendo objeciones de carácter técnico o de finalidad social, pero, no obstante, estas "minorías selectas", ya sean las que quieren ver todo con temperamento "apolíneo" o las que brincan como saltabancos cuando se les explica que la pintura social no está siempre obligada a repre-

sentar figuras blandiendo puñales o disparando tiros, estas minorías, tarde o temprano, comprobarán, decimos, que el pintor boquense es, en la actualidad, el único valor representativo de nuestra pictórica de masas y el único artista argentino que en realidad ejerce una importante gravitación en la pintura americana, conjuntamente con Rivera y Orozco.

Mientras tanto, hagamos coro decidido y leal a las falanges que ya han sabido encontrar en Quinquela Martín el auténtico y sólido puente artístico entre los días que orillan el presente y los que se vislumbran resplandecientes en la margen augusta del porvenir.

Poesías

Por I. F. AZOFEIFA

= Colaboración. San José (Costa Rica) y marzo de 1937 =

Romance de la niña loca

*Va deshaciéndola en rosas
la suave seda del tacto.
Así se entrega la niña
sin saber cómo ni cuándo.*

*El corazón se le ha ido
saltando por los tejados,
y está abandonada al suave
descenso de este naufragio.*

*Así se entrega la niña,
sin saber cómo ni cuándo.*

*En el infinito apuro
se le desprenden las manos.
Se queda deshabitada,
inútil para este tacto.*

*Así se entrega la niña,
sin saber cómo ni cuándo.*

Romance de su muerte

*Esa dulce utilidad
que contenía su mano
ardía como una cera
de fiel destino. Era un manso
pensamiento, la ternura
que contenía su mano.
Fundaba fuerza en ser bueno
su corazón, y en el blanco*

*fuego de su angustia, pudo
ser pan y vino mi barro.*

*La madre blanca se suma
al pensamiento angustiado.
¡Alondras, las que agonizan
en el ramal de sus manos!
¡Vano viento, viento, viento,
donde antes era su árbol!*

*Se ha remansado la vida
y la muerte entre sus manos.
Ah!, la muerte sin batalla,
vencido de Dios el ánimo.*

Romance del color rojo sobre el blanco

*Como la del pan sería
el alma blanca del ama.
Voz de saludo su brazo,
árbol de leche olvidada.*

*Mugía por los potreros
la vaca blanca del alba.*

*Salió a repartir azul
el día, por las ventanas.
Bestias de sueño venían
rompiendo estrellas de agua.
Era un martirio en lo blanco
la tentación de una mancha.*

*Se habrá caído en el río
la vaca blanca del alba.*

*El campo lanzó una fuerza
de hombre hacia las ventanas.
Y daba sus flores rojas
el país blanco del alma.*

Canción del día de fiesta

*Color fragante y sol en vuelo,
la mariposa y la rosa.
Pupilas abrén las cosas
para el gran vuelo del cielo.*

*El viento flamea; el viento,
niño en los árboles, crea
las manos en los cabellos. El
(viento
flumea.*

*Sale la carne victoriosa
al viento, al cielo y al canto,
la mariposa y la rosa.*

*Día de fiesta. Alegría.
Bullicio de niño y niña.
A las banderas sube el día.*

*Manos les crecen a las cosas
para este sol y este cielo.
Color fragante y sol en vuelo,
la mariposa y la rosa.*

La noche se siente como un organismo vivo. Tiene su voz, es el silencio, tiene su corazón, es el reloj que neciamente sigue sonando a pesar de estar ahogado por unos almohadones, tiene sus ojos, sombras y luces ausentes de colorido, fantásticas contra la pared muda.

Estoy acostada, los brazos cruzados son un plomo que no pesa contra el cuerpo. No sé, pero son infinitamente densos y grandes como los brazos de un animal enorme, y son pesados, pesados, pero no apastan, no se sienten; se adivinan, se saben. Como se sabe que todo es horizontal de noche; como se sabe que hay un sitio agradable y caliente bajo la espalda; como se sabe que las cobijas están tibias dentro de la zona del calor propio, pero que si se mueve una pierna serán frías y extrañas. Los ojos inmensamente abiertos quieren cerrarse pero los párpados parecen no pertenecerles y responden con un temblor convulso y afiebrado. No se pueden cerrar, es inútil. No ven, no sienten: los ojos sólo están extrañamente abiertos. Debe de ser el sueño. No. Es el insomnio que llega.

Resignadamente me preparo para las largas horas y para no oír la voz del silencio, y para no sentir el corazón del reloj que sigue sonando, y para no ver los ojos de la sombra. Para ser muda y ausente, para dejar que las cosas pasen y que las cosas corran.

Pero el viento pasa y viene a cantarme. Quiero no oír. Se centupla le sensibilidad de los cartílagos, se multiplica la vibración de la sangre. No quiero. Vegetales extraños crecen en el alma. No. Todo es una enredadera inmensa y multiforme. Enredadera horizontal rastrera de sombra.

Viene una ola negra y densa o una ola silenciosa y callada. O una cosa sin forma ni nombre que envuelve. Todo es zumbido y repercusión. Es algo que se adivina ya por el fondo de la calle, que viene avanzando con gravedad de procesión en manifestación para el cuerpo esta noche vegetal y para los ojos esta noche independientes.

La voz de la noche comienza a oírse conmigo y a pesar de mí. Es el viento. No. Son los árboles. Si es el viento.

Estoy segura de que viene ahora chupando la tierra porque tiene sonido de algo resbaloso y acariciante, que pasa como una captorera en una verónica, ahuecado y espectacular.

Las cosas que se oyen se pueden convertir en forma palpitante, porque el viento que oigo ya no es verónica torera, es una larga cinta insinuante. Es una cinta que



Linóleo de Laporte

*Y para el cruel que me arranca
el corazón con que vivo,
cardo ni oruga cultivo
cultivo la rosa blanca.*

José Martí

se ha metido por el portón de algún patio y vertiginosamente se pega, sanguijuela ascendente, a la parte baja del tronco de un árbol. Del que está en el centro de un parque de la esquina. Del que está parado solo e indefenso y tiene la copa pulposa, del que tiene forma de esponja a la que le hubiera salido un brazo para agarrarse a la tierra. Llega y se pega, silba y el extremo de la cinta se arrolla sin soltar su presa para arriba hasta la esponja, hasta el sistema nervioso del árbol, hasta la copa densa y verde. Cuando llega arriba (qué poco le ha costado subir! dan ganas de reírse un tanto), cuando llega arriba, se suelta, de abajo siempre tenso y brillante y con el mismo vértigo que subió se desenrolla para quedar como bandera en el techo, bamboleanando frenético su impulso. Después se desprende suavemente, negando su arrebató, suavemente, en son de burla, bailarín y genial. Y comienza a trenzarse en las ramas, en las hojas, se resbala por aquella lisa, se tuerce en otra como un gato jugando con su cola. Ya se la va a coger! Está largo la

cola del hocico! No, si no era gato, si se les ha olvidado, si era bailarina, y se alza en salto elástico, como una llama que rebota y cae sobre el árbol puntudo. Al brincar era duro, al llegar es gelatinoso, ha perdido su esqueleto, y cae hecho líquido espeso sobre el árbol, coposo, resbalante, en gotas, hecho elemento, hecho peso.

Ahora es en el zinc. Esta maldición de las casas baratas. Se mete ¿Por donde no se mete el viento? En las rendijas, entre la teja y el parche. Se hace filoso, cortante, Cuchillitas de viento, melodía de vasos de agua, marimba de la noche!

Infla como una vejiga ese trapo, de noche cortina y de día tapete, que cuelga en la ventana. Extraños dibujos del trapo! Nunca los había visto. ¿Pero es que esta noche lo veo todo? Una cruz, que es una equis, un cuadrado que es un parque, unas listas que son caminos. Caminos de la fantasía para el globo del viento. Lo infla hacia adentro y luego hacia afuera. ¿Cómo hace? No es que se ha metido en mi cuarto, es que chupa la ventosa de la tela col-

gante. Y de refilón sin querelo y sin saberlo se mete en el cuarto.

Seguramente es el intruso el que ha pintado en la tiniebla del techo tres dedos blancos, cadavéricos, de muerto. Cierro los ojos. Para no ver los ojos de muerto. Pero sigo viendo, yo no sabía que se podía ver con los ojos cerrados. Primero una niebla azul de fuego fatuo, luego un rombito, luego millones y miriadas de rombitos, como en las litografías vistas de muy cerca. Los rombios se coagulan, se mueven y giran, cambian de colorido como un camaleón y se hacen tres rayas entre los ojos, es la última visión de la retina que vuelve a presentarse. Los tres dedos de muerto. Blancos y cadavéricos. Abro los ojos.

Siluetas modernas y raras se dibujan en la pared. No quiero ver el techo. ¿Qué le pasa a ese vestido en ese gancho? ¿Lo he colgado mal? Tiene la forma de algo ahorcado. ¿Por qué colgaron ese vestido en esa forma absurda? ¿Por qué se ve tan pequeño y como rojo de sangre vieja y hedionda? Yo no lo he hecho. Qué horrible ese vestido, qué espantosa y macabra la forma del vestido en el gancho!

Pasa un tranvía, allá lejos, y la sensibilidad hecha un nudo de expectación deja las imágenes. De noche toda la sensibilidad está en un punto solo. De día se esparce, se diluye. De noche oímos, vemos o sentimos independientemente. Ahora con el tranvía dejé de ver. No he cerrado los ojos, ni los tengo abiertos. No sé. Lo que pasa es que ya no veo. Oigo.

El sonido del tranvía que empieza con rumor de hueco y se hace órgano, rugido. Se engruesa. ¿Por qué tengo la obsesión de convertirlo todo en forma? Pero es así. Yo no tengo la culpa. Empieza fino y distante, en lista y se engruesa al ponerse en aproximación con mi poder auditivo, después se vuelve a adelgazar lentamente para ser de nuevo fino y distante. No sé donde pasa ese tranvía. Solo sé que con el tranvía pasa otra media hora.

Suenan los claxons de los autos como ladridos de perros en celo. Ahora he dejado de oír nuevamente. Es sentir. El corazón late en el músculo. Me molesta, pareciera que por mi sentir atento se va a parar de repente, que este golpear rutinario dejará de ser en cualquier momento. Qué miedo! Si sigo se parará. Dejará de tocarme indiscretamente. Es que toca, se sabe como si empujara rítmicamente el cuerpo. No. Me voy a mover. Me estorba, me entra horror. ¿Qué pasa si el corazón se para?

(Concluye en la página 191)

La inmoral paradoja

El "buen vecino" y la política de reciprocidad

Por JUAN ANTONIO CORRETJER

(Secretario General del Nacionalismo Puertorriqueño)

= Envío del autor. San Juan de Puerto Rico, 19 de febrero de 1937 =

(Véase la entrega No. 8 del tomo en curso)

2

Muy orondo por su paladino apriorismo, Mister Summer Welles sale de los atolladeros intervencionistas de su gobierno para afirmar, con una infalibilidad tan personal que jamás se ha arrogado ningún pontífice, que "Estados Unidos ha abandonado su política de explotación comercial con la América Latina substituyéndola con una política de amistad sincera y de comercio mutuamente beneficioso".

El pálido *mea culpa*, sin embargo, se enturbia tan densamente en lo comercial como en lo directamente político. La marcha atrás del Departamento de Estado en el campo de las negociaciones internacionales con la América Indo-hispánica no es menos un capcioso movimiento de flanco que su retirada de los marinos de Nicaragua, que su desocupación de Haití o su derogación aparente de la enmienda de Platt en Cuba. Tal maniobra ha puesto a los incautos de nuestra América a avanzar en el vacío, mientras a su lado, a unas palmas de su ingenua inconsciencia, se dá una terrible batalla en la cual, ciertamente, no se decide el destino de un hombre, sino la vida de un mundo.

Es claro que Mister Welles, sub-secretario de Estado, tiene en su cabeza los planes de su sagaz dirigente, el Secretario de Estado Mister Cordell Hull. Mister Hull es, sin duda, un trágico humorista. Que la suerte lo haya llevado a la jefatura de un engranaje político hecho a los albuces del "agente de negocios", no ha podido decidirlo a sacrificar su interior vocación. No es extraño, pues, que le veamos levantarse en Montevideo —exagerado el gesto magisterial, la mano al pecho como el caballero de Theotocopuli— para entonar un vasto do profundo que hiciera ondular todas las diplomáticas levitas. Nada importa a Mister Hull que a las puertas mismas de la Conferencia estuviera la delegación oficial del gobierno cubano —repitámoslo, cubano— enviada a la capital uruguaya por el gabinete del Dr. Grau San Martín. Allí estaba él, Mr. Cordell Hull, representante del "buen vecino" que tuerce fantásticamente la teoría jeffersoniana del reconocimiento para no tratar con un gobierno honrado en Cuba, pero, que, a las orillas del Río de la Plata, los ojos lejanos perdidos hacia la Patagonia, rellena su pacto de no intervención con la carnicería que Mr. Welles está fomentando en La Habana y con el crimen perenne que su gobierno ejerce en Puerto Rico. No es extraño, tampoco, verlo presentarse en Buenos Aires, llena la boca de buenas intenciones y las manos tintas en la sangre de los portorriqueños asesinados por orden de su gobierno, a tratar de pescar, con el manoseado anzuelo del "buen vecino" y la "paz en las Américas", un tratado unilateral que arrastre a nuestra América a la guerra mundial, hombro con hombro con la infantería, yanqui, tan pronto se dispare el cañonazo que haga saltar la puerta de la paz en Europa.

El director político de Mr. Welles, Mister

Cordell Hull tiene, además, su especialidad. Una especialidad muy beneficiosa para el imperialismo yanqui. Es en ese campo por donde Mr. Hull campea a sus anchas. Es en ese campo donde Mr. Hull ha servido mejor a la suprema oligarquía burocrática que impulsa al departamento de Estado. Es en ese campo en donde Mr. Hull ha logrado armonizar la sutilidad política con la explotación financiera. A los aullidos de Wall Street que ensangrentaron a México, a Nicaragua, a Cuba, a Haití, a Panamá, y que siguen ensangrentando a Puerto Rico, Mister Hull les encontró por fin, una terapéutica que beneficia a los arrebatos de grandeza "buenvecinista" y "pacificadora" de Mister Roosevelt, apoya la soldadura panamericana rota por las brutalidades de la infantería de marina, y llena, a expensas de la economía y del proletariado hispanoamericano, las arcas insaciables de Wall Street.

En la farmacopea del Departamento de Estado en Washington esa fórmula de Mister Hull se intitula: Tratado de Reciprocidad.

Ha sido probada con éxito, y se seguirá usando hasta que se le aplique el antídoto. Es necesario aplicárselo con la misma pasión cauterizadora con que se aplicaría la metralla a un desembarco de marinos.

Mucha propaganda se ha hecho en torno de los tratados de reciprocidad. Por supuesto, los propagandistas del Departamento de Estado han callado mucho. Han callado, por ejemplo, que, dada la especial y férrea organización del imperialismo económico detrás del Departamento de Estado, el tratado coloca a la nación extranjera que lo firma dentro del círculo del arancel norteamericano, y que una vez ratificado el tratado el Departamento de Estado, por mor de esa especial organización del imperialismo, queda irresponsable ante el gobierno que con él ha contratado, ya que puede alegar juiciosamente que no le es posible el control de la oferta y la demanda.

El país hispanoamericano que ha firmado el tratado de reciprocidad con Washington es arrastrado al coloniaje. La situación es idéntica a la de Puerto Rico bajo la intervención armada de Estados Unidos.

Para envolver a Puerto Rico en las trabas de su sistema arancelario se arguyó la puerta franca a sus productos en el mercado yanqui. Obligado por un estado de guerra, bajo la implacable bota de la ocupación, Puerto Rico perdió su mercado internacional sujetándose al mercado de Estados Unidos. El monopolio en la exportación llevó a mano de los mercaderes yanquis el monopolio de nuestra importación, realizándose las ventas y compras al precio impuesto por el imperialismo yanqui. Las consecuencias no se han hecho esperar. Puerto Rico, para los puertorriqueños, es un país en ruínas, pero para Estados Unidos es su primer mercado en la América Hispana, su segundo mercado en América y su sexto mercado en el mundo. El control monopolista ha realizado la paradoja trágica de que nues-

tra miseria estriba en nuestra misma riqueza.

Con un país independiente los medios han de ser naturalmente, más hábiles. Los resultados serán idénticos.

Detrás de las cacareadas "instituciones" norteamericanas están las reales instituciones que manejan la vida nacional de aquel país. Esas instituciones son las que mueven el resorte vital de sus relaciones internas, las cuales han llevado a Estados Unidos a un régimen oligárquico, cada vez más cerrado, que funde el poder en unas seis decenas de familias, árbitros, dueños, amos, de una masa, conscientemente mantenida en la desorganización, de más de ciento veinte millones de seres humanos, y que funciona con el mismo ímpetu esclavizador rumbo a nuestra América.

En lo comercial esas instituciones se llaman "trusts". La organización es perfecta. A cada producto importado corresponde "un trusts" que regula el precio de importación de modo que su tendencia perenne sea a bajar. A cada producto exportado corresponde otro "trust", que regula el precio de la exportación, y cuya tendencia es a subir.

Pongamos un ejemplo. Cualquiera de los países antillanos centroamericanos, cuya producción agrícola—azúcar, café, tabaco, cacao—es análoga, acuerda un tratado de reciprocidad con Estados Unidos. Los contratantes públicos son ambos gobiernos. Pero, mientras en el caso del país hispanoamericano su gobierno compromete verdaderamente a las fuerzas productoras y consumidoras de su país, el Departamento de Estado en Washington deja las manos libres al control secreto de los "trusts" que serán los únicos beneficiados con el tratado.

Como el tratado es, aparentemente, recíproco, el productor hispanoamericano venderá su producto al comprador norteamericano. Pero es el "trust" correspondiente—en este caso el "Instituto del azúcar, café, cacao y tabaco de New York"—el que controlará el negocio, eliminará la competencia en la compra y fijará un precio al productor hispanoamericano, quien estará obligado a aceptarlo. Este precio irá paulatinamente, pero firmemente, bajando, excepción hecha de una grave crisis, —una guerra— que haga saltar la demanda. Entre tanto, obligado por la reciprocidad, el consumidor hispanoamericano comprará en el mercado norteamericano, y a cada producto que compre le pagará el precio que el "trust" correspondiente imponga, con su tendencia natural al alza.

Las consecuencias de esta *unilateral reciprocidad*, son ineludibles. La regulación de los precios de compra en el mercado norteamericano obligan, pero inevitablemente, al productor hispanoamericano, a bajar el costo de la producción, rebaja que se hace sin excepción a base de bajos salarios. Así, no sólo queda sometido el productor, sino que el obrero también cae a los pies de la feroz oligarquía económica de Estados Unidos. No importa que productores y obreros residan en un país libre, fuera de la soberanía política de Estados Unidos: están de lleno en el sistema de esclavitud financiera norteamericana.

El estado no tarda en resentirse de ello. El sistema, estimula al latifundismo, al monocultivo y al abstencionismo, como ha sucedido, por ejemplo, en Cuba, con el azúcar. A través de esos factores no sólo camina el inversionismo capitalista yanqui, sino que se

dinamita lentamente la soberanía política de la nación. Creada una burocracia nativa, con su obligado peonaje, que depende exclusivamente de un producto y de un solo mercado para ese producto, el colonato—sigo el caso de Cuba—atisba ansiosamente las altas y bajas de la política de Washington. Basta que un gobierno se muestre esquivo frente a Washington—caso del gobierno de Grau San Martín—para que esos intereses se muevan hacia la insurrección, hacia el “golpe de Estado”. Se fomenta además, el ejército de mercenarios, pagado, como se dice, “por los contribuyentes”, es decir, por los productores para disponer de él a gusto y mantener el *statu quo*, es decir, la esclavitud. Esa es la razón del continuo estado de inestabilidad cubana. El sistema no se detiene ante nada. Se lleva a la nación hasta el puro ilusionismo. A la industria extranjera esclavizadora se le llamará orgullosamente “nuestra industria”. Eso sucede en Puerto Rico, como en Cuba.

En Puerto Rico, bajo la ocupación militar, desde luego, el sistema es un rasero. No se estimulan revoluciones porque el gobierno es suyo, y existe, exactamente, para mantener “el orden” capitalista, intervencionista, esclavizador. El que protesta tiene por delante la cárcel o la muerte. (Esto se escribe en la cárcel).

Lo que se dice de Cuba con la caña, es bueno en Haití y Centroamérica con el banano. Hay más. Aún países, como el Brasil, con el cual no existe un tratado de reciprocidad, pero que tiene un mercado natural para

su café en Estados Unidos, no escapa a la rueda. El mercado yanqui estimula la producción, baja entonces el precio, y el Brasil tiene que restringir su producción para que no se desmoralice su mercado.

No obstante, el consumo de café en Estados Unidos aumenta. No se permite al país extranjero mantener centros distribuidores dentro de Estados Unidos y parece en el Brasil el fantasma del excedente. Se hacen hogueras de café.

Idéntica política impone a los productos minerales y al petróleo. Pero cuando el producto mineral no se produce en Estados Unidos, entonces el “trust”, apoyado por el Departamento de Estado, va de frente al control político: tal es el caso de Bolivia con el estaño.

Bien: en Estados Unidos un tratado de reciprocidad es siempre perjudicial, porque, en verdad, no existe tal reciprocidad: una cosa es el precio resultante de los aranceles tal y cual existen en el momento en que el tratado de reciprocidad se aprueba, para inducir a un gobierno a firmarlo, y otra es la situación que se crea para nuestros países productores, tan pronto se ha firmado el tratado de reciprocidad, y los importadores yanquis formados en “trust” que fijan el precio de la importación, comienzan a bajar ese precio constantemente, obligan al país productor a bajar el costo de la producción y convierten a las masas trabajadoras en ese país a la esclavitud social.

Contra esa práctica el país productor no

puede protestar ante el Departamento de Estado, porque, como hemos dicho, el Departamento de Estado contestará que no existe control “oficial” de hechos sujetos a los vaivenes de la ley de oferta y demanda.

Como el país que firma el tratado de reciprocidad con Estados Unidos queda fuera de la competencia internacional, formalmente excluida en el propio caso tratado, y, ya en esa situación, los precios para venta y compra del país firmante quedan al albedrío de los “trusts” que excluyen toda competencia entre sí, el llamado tratado de reciprocidad se convierte en el monopolio comercial ejercido por el imperialismo financiero de Estados Unidos en el país que ha firmado con su gobierno un supuesto tratado de reciprocidad. Está claro: Esta es la situación del coloniaje.

Un tratado de reciprocidad entre un país hispanoamericano y Estados Unidos es un sueño, una ilusión, un engaño. La nación nuestra que talle con esas cartas creyendo adquirir una concesión o un derecho, lo que hace es vender su soberanía a plazos. A plazos aparentemente cómodos pero fijos.

Ni siquiera la cláusula—tan manejada—de nación más favorecida, la redime. No afectaría ese monopolio pues esa cláusula siempre funciona en igualdad de circunstancias, en este caso inexistentes, primero, porque no se puede hacer un tratado de reciprocidad con tercera potencia, y, segundo, porque no existe, realmente, un tratado de reciprocidad.

Este es el cómputo final del discurso de Mister Summer Welles.

Seis horas con Joseph Freeman

Por CARLOS RAFAEL RODRIGUEZ

= Envío del autor. La Habana, Marzo 14 de 1937 =

Una carta de México—confiada a los resabios y la infidelidad del correo aéreo—nos anuncia la llegada de Freeman. Viene de tránsito hacia New York, con su hermosa cara de *ganster* y con Charmion Von Wiegman, la admirable compañera.

Para mi generación hispanoamericana Joseph Freeman no es simplemente un nombre literario. La *Diplomacia del Dollar* que escribiera en colaboración con Scott Nearing, fue como un vigía y auxiliar de nuestro aprendizaje revolucionario. Nunca la palabra “imperialismo” ha adquirido más nítido contorno que en aquel libro en que el examen de Tratados, concesiones y empréstitos, permitía ver el caño de negra sangre petrolera que dejaba exhaustas a Colombia y a Persia o la operación bursátil que resumía la vida y el agobio de Cuba y Panamá. Más tarde *New Masses*—cuya dirección Freeman comparte—nos ha dado una reseña explicativa de la existencia norteamericana tal y como transcurre más allá del optimismo polícomado del *Saturday Evening Post*.

Ahora Freeman acaba de ofrecernos su autobiografía, que comienza en la Rusia de fines de siglo, con sus judíos temerosos, esperando con cantos sagrados el horror de un pogrom. Pero sus seiscientas páginas no se contraen a un país ni una vida sino a los hombres de una promoción literaria que abandona la Universidad para ir a Europa creyendo “defender la democracia contra los alemanes”, pero sirviendo en verdad, como lo comprendieron en seguida, a los Lamont y Morgan. Freeman nos refiere su ni-

ñez y adolescencia en el *ghetto* newyorkino, con menos ternura y tragedia que la que Michael Gold puso en *Judíos sin dinero*. Porque el drama genuino de aquellos jóvenes consistía no en la amargura de su vida económica sino en el conflicto entre su aspiración a una poesía *Eterna*, que está por sobre las contingencias de lo político y lo terrenal, y su obligación inapelable de intelectuales que se saben habitantes de un mundo de sordidez capitalista. Iniciados por Upton Sinclair, Floyd Dell y Scott Nearing en la literatura *proletaria*, su pesimismo cínico y literario, su arte puro, eran como una rebeldía espiritual contra la burguesía yanqui, fingidamente puritana. Revolucionarios agitadores de día, practicantes del amor libre y el surrealismo en la noche bohemia, Freeman y sus contemporáneos resolvieron al fin este dualismo en una simple e insobornable actuación de intelectuales revolucionarios.

El Joseph Freeman que nos llega al encuentro sólo tiene ya recuerdos de aquella época pintoresca. “Entonces era yo delgado, así como aparezco en mi libro. Pero ya he perdido mi apariencia romántica”... nos dice alegremente.

Conocía México. Pero lo encuentra transformado por una fe creadora. La herencia de analfabetismo e ignorancia que soporta todo país colonial, se está reduciendo gracias a una obra efectiva y extensa que realiza conjuntamente la Secretaría de Educación y las organizaciones revolucionarias. La Secretaría—dirigida por el licenciado Vázquez Vela—se esfuerza, en medio de previsibles

dificultades, por acarrear a todo el país una enseñanza sobre bases socialistas. Los obreros tienen su propio centro de estudios, la magnífica *Universidad Obrera*. Las publicaciones científicas y revolucionarias toman allí un ritmo impresionante.

Freeman ha entrevistado al general Lázaro Cárdenas. Nos va describiendo su charla con el hombre que supo sacudir a tiempo todo el polvo callista que tenía yerta a la revolución y acercarse al pueblo para reanimarla. Todo lo que Cárdenas le dijo está colmado de interés político inmediato. Pero Freeman no quiere atenerse a la memoria. Nos remitirá desde New York el texto de la *interview* para que aparezca en *Mediodía*. Sin embargo nos participa puntos de muy subida significación: Cárdenas le ha afirmado que cuando su período presidencial termine no se podrá gobernar en México ni proseguir la obra revolucionaria sin la ayuda de un Frente Popular que dé consistencia y unión a todos los que quieran tramontar el pasado mexicano.

“Esto me hizo comprender—dice Freeman—la penetración política de Cárdenas. Luego confirmé tal criterio, cuando al interrogarle sobre las causas que lo llevaron a ayudar a la España de los milicianos, la España democrática, me respondió:

“Deber y simpatía”.

Y Joseph Freeman comenta con nosotros esos dos vocablos que definen una conducta y un programa político.

Nos habla después con entusiasmo del Congreso de Escritores y Artistas Revolucionarios que la L. E. A. R. convocara y que ocasionó su viaje a México.

“Ha sido una nueva muestra de convivencia y solidaridad intelectual. Hombres de to-

da confesión literaria y política, coincidieron en la necesidad de defender la cultura y el espíritu de los avances fascistas". Recuerda a Juan Marinello.

"Es un hombre encantador", interrumpe Charmion Von Wiegman, la mujer de Freeman, editora de *Art Front*, revista de los pintores norteamericanos.

Y cuando explicamos que Marinello dedica sus preferencias al ensayismo y la crítica, afirma: "Parece, ante todo, un poeta, con su tono emocional y su gesto de suave simpatía".

"Puede decirse, prosigue Freeman, que Nicolás Guillén constituyó la sensación en la clausura del Congreso. Habló clara y pausadamente sobre vuestras cosas y la voz le vibraba de sentimiento. Cuando terminó de leer el discurso y se retiraba, alta la hermosa cabeza de mulato, la audiencia en pie lo reclamó estruendosamente". Entonces Guillén tuvo que recitar sus poesías de soldados, los sones, versos de West Indies. Y el público delirante, aún exigía más.

También Marcelino Domingo conmovió a su auditorio cuando se levantó a hablar en nombre del Frente Popular Español. Frágil, con su figura de hombre de letras, fué encendiéndose en pura emoción. A los diez minutos, aquel cuerpo enteco era "la voz de la España democrática".

"España—dijo Domingo—no pertenece sólo a los españoles, sino al mundo entero. Por su heroica conducta se ha convertido en madre espiritual de todos los hombres de espíritu. España es ahora una conciencia universal".

Advertimos que Freeman nos ha hablado de México y que nada le hemos oído de su país. Pero, en vez de responder, nos interroga. Tiene un afán imponderable de conocer nuestras cosas. Le interesa desde la más humilde manifestación popular—pasando por el *tamal* en cazuela legendario, de la fonda chinesca—hasta los complejos y estadísticos problemas del Tratado de Reciprocidad.

"Usted que ha leído mi último libro y mis crónicas de *New Masses*—replica a nuestra insistencia—sabe ya mi opinión sobre los Estados Unidos. El movimiento obrero ha obtenido allí ahora dos resonantes victorias: la huelga marítima y la de los trabajadores de General Motors Co. Ellas y el movimiento para la organización en Sindicatos por Industrias, son síntomas importantes para apreciar el camino del proletariado americano después de las elecciones".

Y la conversación se desvía hacia las relaciones diplomáticas y financieras entre Estados Unidos y Cuba, que Freeman conoce tan bien por haberlas estudiado en sus fondos para *La Diplomacia del Dollar*. Aventuramos algunas consideraciones sobre nuestro futuro político. Freeman nos comunica que se detendrá en Miami tratando de lograr una opinión del doctor Grau San Martín acerca de la actualidad nacional. "Ya publicamos en *New Masses* la entrevista que Spivak le hiciera hace un año. Pero la orientación del doctor Grau parece haber variado y quisiéramos saber sus nuevos proyectos". "La opinión norteamericana está vivamente interesada en los próximos comicios constitucionales y reclamará que se le permita al pueblo de Cuba determinar libremente sus destinos".

Las seis horas de que disponíamos van a desvanecerse. Viejos anhelos de visitar nues-

tros lugares más criollos, quedan insatisfechos ante la premura. Pero no faltará tiempo para que Freeman y Charmion Von Wiegman den cumplimiento a una devota obligación: visitar a la madre de Pablo de la Torriente. Entramos en la casa angosta donde todo recuerda el siglo XIX. Freeman va diciendo el mensaje de simpatía y cariño que la redacción de *New Masses* dirige a la madre del compañero alegre y vivaz que en una breve estancia newyorkina les ganó a todos el afecto. Promete remitir los manuscritos, solicitados por la avidez maternal. Allí en España, informa, se está filmando aho-

ra para la propaganda revolucionaria *Polémica en las trincheras*, el artículo de Pablo. John Dos Pasos lo ha escogido por su moviente simplicidad... Cuando nos despedimos Graciella Brau, tímida, con la congoja cerrándole la voz, extiende la mano agradecida. Pero Joseph Freeman se le acerca y posa sobre su frente un beso de respeto. En un rincón las hermanas de Pablo lloran calladamente. Nosotros no hubiéramos querido homenaje mejor para el amigo,—ausente ya, cercano siempre,—que aquel momento quebrado de sollozos en que los escritores de todo el mundo le premiaban la muerte.

Un equívoco descomunal

Por cierto que en el desenvolvimiento de grandes sucesos que parecen inevitables, debido a la colisión natural entre un poderío nunca oído y la extensión e importancia de estos pueblos, suelen las palabras realizar efectos tan importantes como los que producía una simple sílaba en las luchas políticoreligiosas de Bizancio. Ahora la palabra americano es uno de esos grandes equívocos seculares. Esa voz no va significando ya el habitante del Nuevo Continente sino el american citizen, el ciudadano de la prepotente República, el *civis romanus moderno*. De esta suerte una famosa doctrina, salvaguardia que su creyó de quince soberanías y título de una fraternidad protectora, ¿en qué se va trocando? En un equívoco descomunal, pues en resumidas cuentas la tutelar doctrina va quedando despejada bajo la fórmula "América para el ciudadano americano". ¡Qué de influjos, qué de grandes resultados guardan a veces las palabras! ¡Y cómo es necesario su crítica, no sólo a la literatura sino también a la justicia! Recordad cierta partícula o que no há mucho realizó aquí, en la interpretación de una ley resultados verdaderamente trascendentales.

(De Marco Fidel Suárez, en Escritos. Bogotá. 1935).

La nueva anfictionía

= Envío del autor =

Si en Buenos Aires se proyecta una Sociedad de Naciones Americanas, creo que hay que señalar los escollos en que puede tropezar la idea a la hora de las realidades. Así:

1. Que el nuevo instituto internacional no nazca afecto de romanticismo e impotencia. La nueva anfictionía debe ser posible y viable sin pedir demasiado a la flaqueza humana. No olvidar el romano *Summum jus, summa injuria*.

2. Que el nuevo instituto no pueda convertirse en arma de uno o pocos fuertes sobre la debilidad plural.

3. El punto de las soberanías individuales debe ser confirmado y garantizado, mas no hasta el caso de establecer un equilibrio de inmovilidad que haría imposible la justicia práctica.

4. Que el derecho prima sobre la fuerza, por entendido se calla; pero la fuerza es indispensable, y no hay derecho posible sin fuerza suficiente.

5. Salvar el espíritu democrático que

debe inspirar toda la fundación. Se ha visto que cuando falta, sólo se cae en bestialidad pura. Nuestra raza y nuestro continente piden además que una democracia demasiado rigurosa sea siempre moderada por el espíritu cristiano, que naturalmente no significa espíritu eclesiástico ni sectario.

Franz Tamayo

La Paz, 13 de julio de 1936.

El porvenir lo defiende el pueblo

En esta trágica guerra civil, provocada por las fuerzas que representan los intereses imposibles, antiespañoles, antipopulares y de casta, se ventila el destino del espíritu, su persistencia como valor superior de la vida. Y es el pueblo quien defiende el espíritu y la cultura. El amor que yo he visto en los milicianos comunistas guardando el palacio del duque de Alba sólo tiene comparación con el furor de los fascistas destruyendo.

El porvenir lo defiende el pueblo. Y el pasado. Los Museos son el recinto de la historia del espíritu, del pasado espiritual. Los fascistas los bombardean e incendian. El pueblo monta guardias en el Museo del Prado, en la Biblioteca Nacional, en el palacio del duque de Alba... Todo el mundo debe desear el triunfo del pueblo, porque representa el porvenir como continuidad histórica del pasado.

Los intelectuales extranjeros están con el pueblo español. Ya hay valiosas pruebas de ello. Y esta adhesión ha de acentuarse.

Antonio Machado

La conciliación de los caudillos

Habíanse encarnado en Roma las aspiraciones oligarcas de Syla, en Pompeyo, las populares de Mario, en Julio César. Para las buenas gentes, fué un augurio de paz y de que no se irían a las manos los dos grandes caudillos, la conciliación que se llamó el *triumvirato*, por entrar como un valor nominal, Craso que nada representaba. Julio César llevó a su consocio a Farsalia, para mostrar lo que valen las conciliaciones. Octavio y Marco Antonio acabaron en Actium, otra conciliación de partidos; y Roma y el mundo, con el imperio, supieron a qué abismos conducen estos expedientes, de suprimir las luchas por la conciliación de los caudillos.

(De D. F. Sarmiento, en el tomo XI de su Obras Buenos Aires. 1900).

Insomnio...

(Viene de la pág. 187)

Doy vuelta. Están frías las sábanas. Allí donde termina la zona de mi calor el espectar se vuelve sólo incomodidad. Ya no oigo, ni veo, ni siento. Tiemblo. La cama. La sensación de dormir es la única realidad. Quiero captar el momento del sueño. Voy a estar alerta. Tendré cuidado de que la pierna esté suavemente colocada, de que las manos no opriman la respiración. Dicen que así se duerme mejor, del lado derecho. Espero. Ya han pasado muchas horas. El corazóncito tonto entre los almohadones sigue sonando. Vale que no da las horas.

Ya viene el momento del sueño porque no puedo abrir los ojos. Es pesado el cuerpo, el tranvía no se oye. El viento, ¿qué importa el viento? El vestido, los tres dedos de muerto. El corazoncito tonto. La respiración. Nun-

ca había pensado si para respirar se levantaba el estómago o el pecho. Es el pecho. Si es el pecho. Pero yo sé que hay gente que mueve el abdomen para respirar. No. Siento que me voy a ahogar. Me entra angustia. Muevo todo el cuerpo, los brazos, las piernas, la cabeza para respirar. Salto. Me ahogo. Doy otra vuelta. Sin embargo dicen que el lado izquierdo es mala posición para dormir. Ya no me dormiré nunca, pero como no puedo abrir los ojos es que estoy dormida. Seguramente que estoy dormida.

Y ahora cuando si no me he dormido tengo la íntima convicción de estarlo, amanece. Abro la ventana. Yo sé que amanece y a pesar de eso está oscuro. Es que debe de haber amaneceres negros. Me siento en la cama y lentamente espero, espero...

Un día terrible...

(Viene de la página 178)

De niños indefensos, mujeres y hombres de ideas.

Consternación, claxon, bocinas de carros, exageración.

De esquina a esquina se aumentaba el número de víctimas.

Pavor, pánico, entumecimiento de cuerpos,

Terror, parálisis.

Muertos, muchos muertos...

Heridos, muchos heridos...

Año de aniversario

Cincuenta después del 87.

La locura hizo su banquete.

Tensión.

Gama de crímenes.

Indefensos niñitos con camisitas negras

Imitando a sus papás-héroes.

Hijos de la República.

Querían estos niñitos jugar a los soldados

Y probaron el acíbar.

Niñitos, sí, muchos niñitos.

Con camisitas negras como el papá.

Novias, Hijas de la Libertad,

Unidas por el amor, murieron asesinadas.

Grita toda la isla de Puerto Rico.

Protesta toda la Isla de Puerto Rico.

Hierven los pozos de sangre,

Más roja por el sol

De tarde suave y brillante.

Fue carnicería,

Fue el crimen al por mayor

De indefensos niños, mujeres y hombres de ideas.

Grita la sangre.

Pide justicia.

En el país más tranquilo, más dócil

Se ha cometido el crimen más horrendo.

Fue el Domingo de Ramos del año 37.

Cuando se sació

La muerte,

El Crimen,

La Orden

De matar a los Hijos de Puerto Rico.

Se olvidan partidos políticos

Y toda la Isla es uno

Uno de protesta

Contra el crimen más criminal que ha habido.

Llegó:

André Gide: Regreso de la
U. R. S. S. (Décimoctava

edición). Sur. Buenos Aires.
1936. Precio \$ 2. Con el
Adr. del Rep. Am.

No hay agravio sin castigo

Lo que Aristóteles dice aquí, que el que perjudica a otro por satisfacerse del agravio que aquel tal le ha hecho no le hace agravio, también lo dice Tulio en los Oficios. Pero el uno y el otro serían como hombres que no aprendieron en la escuela cristiana. Porque hacen agravio a la divina justicia usurpándole su oficio, el cual es castigar a los que hacen agravios a sus prójimos. Y aunque no luego los castiga, El sabe por qué lo hace; pero es cierto que no quedará agravio ninguno sin castigo. Mejor se acercó al blanco de la verdad Platón en el diálogo Critón, donde, en persona de Sócrates, dice que ni aún por satisfacerse ni por salvar la vida se ha de hacer a nadie perjuicio. También lo que dice de la justicia de las dos partes del alma, es la que los teólogos llaman justicia original, cuando la parte superior, que es la razón, manda, y la inferior, que es la parte que apetece, obedece a la razón, rehusando las cosas que la razón dice que no convienen; y este es el mejor estado del hombre, en el cual fueron criados nuestros primeros padres; y cuando esta orden se pervierte, amotinándose la parte inferior contra la superior, caemos en los vicios.

(Comentario de Pedro Simón Abril en su traducción de La Etica de Aristóteles; al final del Quinto Libro. Madrid. 1918).

Horacio Quiroga...

(Viene de la pág. 184)

Quiroga? ¿Es que todos los escritores pueden, al morir, dejar en hechos lo que anunciaron con palabras? ¿Es que —sobre todo esto!— hay muchos escritores que se hayan propuesto no precisamente crear, pero sí implantar en nuestra lengua un cierto género literario—no como actualmente se le cultiva— sino como es, como debe ser?

Entendemos nosotros que Quiroga era uno de los tres o cuatro escritores que sabía cómo se concibe y se escribe un cuento. Pues según él —¡lo afirma en esta página!— en nuestra lengua se confunden los elementos del cuento con los de la novela. El cuento es intensidad, la novela es extensión; el cuento es síntesis, la novela es análisis. Si la retórica perjudica a la novela, al igual que la demasada ornamentación, en cambio la retórica malogra, destruye el cuento, pues éste lo mismo que la obra de teatro con quien tanto se parece, es escueto, va directamente a un fin. "El cuento era —dijo Quiroga— para el fin que les es intrínseco, una flecha que parte del arco para ir a dar directamente al blanco". Y esto que parece tan fácil, no se practica. Era la misma idea de Edgar Allan Poe, el creador del cuento moderno. "Aquel que escribe un cuento y cuya primera frase no tiene nada que ver con el asunto y el desenlace, habrá cometido su primer traspies y por lo tanto debe volver atrás"—escribió el autor de *El Cuervo*.

Una calamidad de nuestra literatura es el hecho de que la gente de nuestra lengua considera con indiferencia y hasta con un arte inferior a un género literario que por lo mismo que es difícil no puede ser sino superior: el cuento. Y no puede ser sino gente de inteligencia escasa aquella que tal piensa. A Quiroga se le consideró —recuerda él en esta paginita— como simple autor de "cuentitos". Y sin embargo es sobre estos

"cuentitos" que se levanta, sin peligro de que venga abajo por falta de apoyo, la estatua de Guy de Maupassant, O. Henry, Bret Harte, Andersen, exclusivamente; y parcialmente la gloria de Hawthorne, Alfonso Daudet, Washington Irving, Tolstoy, Chejov, etc., en los escritores de ayer y en los de hoy Gorky, Andreiev, Lawrence, Kipling y la maravillosa Catherine Mansfield, que no escribió nada más que esos "cuentitos" que tanto achacaron, como un defecto, a Horacio Quiroga. Sin embargo, no debemos sentirlo por él —que muy pagado estaba de la cantera viva que vivía explotando y del instrumento maravilloso con que la trabajaba— sino por nosotros.

Nosotros lo leímos —sin saber quién era— traducido al inglés. Esa fué la primerita vez que fuimos sus lectores. Y hemos de decir que en la lengua de Shakespeare su acento sonaba profundamente americano por el asunto y muy personal por la forma. Entendemos que el mayor mérito de Quiroga estriba en que supo elevar un género literario que —a pesar de las buenas muestras que nos legaron Clarín, el de *Adiós Cordera* y la Pardo Bazan—ha caído injustificadamente en desuso. Y en segundo lugar por haberse inspirado en un ambiente de profunda rai-gambre americana: Misiones.

Sucede que para el buen desempeño de la función crítica, si uno tropieza con el hombre al encarar la obra, ya los prejuicios (juicios preconcebidos) impiden acertar con el criterio apropiado. Es posible que para juzgar bien a un autor, sea preferible contemplarlo desde lejos, si posible desde otro país, y así la mirada no se detendrá sobre las protuberancias del valle, sino que, por el contrario, únicamente contemplará los picos más salientes. Uno de esos picos, yo creo, que se destacaban cuando yo vivía lejos de la Argentina, era el de Horacio Quiroga...

George Grosz

Por JOSE CARLOS MARIATEGUI

= De La Escena Contemporánea, Edit. Minerva, Lima, 1935. Envío de l. s. =

George Grosz, reputado como uno de los mayores dibujantes de Alemania, desconcierta con su agresividad a los públicos europeos. Merece ser presentado como el autor de la más vehemente requisitoria que, en los últimos tiempos, se haya pronunciado contra la vieja Alemania.

Grosz ha hecho el retrato más genial y más crudo de la burguesía tudesca. Sus dibujos desnudan el alma de los junckers, los banqueros, los rentistas, etc. De toda la adiposa y ventruda gente a la cual el pobrediblisto de otros artistas respeta y saluda servilmente como una élite, Grosz define, mejor que ningún artista, mejor que ningún literato, mejor que ningún psiquiatra, los tipos en quienes se concentra la decadencia espiritual, la miseria psíquica de una casta agotada y decrepita. Es un psicólogo. Es un psicoanalista.

La psicología de sus personajes acusa constantemente una baja sensualidad. El lápiz de Grosz estudia todos los estados y todos los gestos de su libidine. Libidine de dinero y libidine carnal. En la atmósfera de sus restaurants, de sus casinos, de sus cabarets, flota un relente de sensualidad exasperada. El repleto *schieber*, delante de la mesa donde ha cenado en la grasa compañía de una amiga pingüe, degusta su champaña con un regüeldo de digestión obscena.

No es George Grosz, sin embargo, un caricaturista. Su arte no es bufo. Ante uno de sus dibujos, no es el caso de hablar de caricatura. George Grosz no deforma, cómicamente, la naturaleza. La interpreta, la desviste con una terrible fuerza para poseer y revelar su íntima verdad. Perteneció este artista a la categoría de Goya. Es un Goya explosivo. Un Goya moderno. Un Goya revolucionario. En esta época se le podría clasificar teóricamente dentro del súper-realismo. René Arcos, a propósito de esta clasificación, escribe que para designar su tendencia la palabra realismo le parece ampliamente suficiente. "Si algunos han creído que este vocablo merecía pasar al retiro—opina—es porque no ha encontrado todavía servidores dignos de él. Nadie pensará siquiera sostener que los artistas y escritores de la época naturalista no se han contado entre los menos realistas. Todos casi se han detenido en la apariencia exterior de los seres y de las cosas. El realismo se encuentra aún en los co-



Danza apache

Por George Grosz

mienzos. Me refiero al realismo interior, al intra-realismo, si esta palabra no asusta".

Súper-realista o realista, George Grosz es un artista del más alto rango. Su dibujo, de una simplicidad infantil, es, al mismo tiempo, de una fuerza de expresión que parece superar todas las posibilidades. Cuenta Grosz que la manera de lo niños lo sedujo siempre. En este rango de su arte se reconoce y se identifica uno de los sentimientos que lo emparentan con el expresionismo y, en general, con las escuelas del arte ultra-moderno.

Piensa Grosz que un impulso revolucionario mueve al verdadero artista. El verdadero artista trabaja sin preocuparse del gusto y del consenso de su época. Le importa poco estar de acuerdo con sus contemporáneos. Lo que le importa es estar de acuerdo consigo mismo. Obedece su inspiración individual. Produce para el porvenir. Deja su obra al fallo de las generaciones futuras. Sabe que la humanidad cambiará. Se siente destinado a contribuir con su obra a este cambio.

En sus primeros tiempos Grosz se entregó como otros artistas nacidos bajo el mismo signo, a un escéptico y desesperado individualismo. Se encastilló en una enfermiza súper-estimación del arte. Sufrió una crisis de aguda y acérrima misantropía. Los hombres, según su pe-

simista filosofía de entonces, se distinguían en dos especies: malvados e imbéciles. La guerra modificó totalmente su egolatra y huraña concepción de la vida y de la humanidad. "Muchos de mis camaradas—dice Grosz—acogían bien mis dibujos, compartían mis sentimientos. Esta constatación me produjo más placer que la recompensa de un *amateur* cualquiera de cuadros, que podría apreciar mi trabajo únicamente bajo el punto de vista especulativo. En esa época yo empecé a dibujar no sólo porque en esto encontraba una complacencia sino porque otros participaban de mi estado de espíritu. Comencé a ver que existía un fin mejor que el de trabajar para sí o para los comerciantes de cuadros".

El caso Grosz, desde este punto de vista, se semeja al caso Barbusse. Como Barbusse, Grosz procedía de una generación escéptica, individualista y negativa. La guerra le enseñó un camino nuevo. La guerra le reveló que los hombres que repudian y condenan el presente no están solos. En las trincheras, Grosz descubrió a la humanidad. Antes no había conocido sino su sedicente élite: la costra muerta e inerte que flota sobre la superficie de las aguas inquietas y vivientes. "Hoy, declara Grosz, ya no odio a los hombres sin distinción; hoy, odio vuestras malas instituciones y sus defensores.

Y si tengo una esperanza es la de ver desaparecer estas instituciones y la clase que las protege. Mi trabajo está al servicio de esta esperanza. Millones de hombres la comparten conmigo: millones de hombres que no son evidentemente amateurs de arte, ni mecenas ni mercaderes de cuadros".

Este arte,—del cual el público elegante y la crítica burguesa no perciben y admiran sino los elementos formales y exteriores, el humorismo, la técnica, la agresividad, la penetración—se alimenta de una emoción religiosa, de un sentimiento místico. La fuerza de expresión de Grosz nace de su fé, de sus *pathos*. El escritor italiano Italo Tadolato constata, acertadamente, que la obra de Grosz se eleva a un dominio metafísico. "El burgués—dice—tal como lo entiende Grosz, equivale al "pecador" del mito cristiano, símbolo el uno y el otro de la imperfección orgánica, personificaciones irresponsables de los defectos de la creación, productos de una experiencia frustrada de la naturaleza. Y si, como lo quieren todas las religiones, el primero y el único deber del hombre es la perfección, es decir, el genio, el burgués es en este caso aquel que no ha tenido el ánimo de conquistar un rango superior en la humanidad, que no ha sabido adueñarse de algunas partículas de la sustancia divina, que por el contrario se ha resignado y fosilizado a medio camino".

Es esto lo que diferencia a George Grosz de otros artistas de las escuelas de vanguardia. Es esto lo que dá profundidad a su realismo. La mayor parte de los expresionistas, de los futuristas, de los cubistas, de los súper-realistas, etc., se debaten en la búsqueda exasperada y estéril que los conduce a las más bizarras e inútiles aventuras. Su alma está vacía; su vida está desierta. Les falta un mito, un sentimiento, una mística, capaces de fecundar su obra y su inspiración. Les preocupa el instrumento; no les preocupa el fin. Una vez hallado, el instrumento no les sirve sino para inventar una nueva escuela. Grosz es un poco súper-realista, un poco dadaísta, un poco futurista. Pero a ninguna de estas escuelas—en ninguna de las cuales su genio se deja encasillar—le debe los ingredientes espirituales, los elementos superiores de su arte.